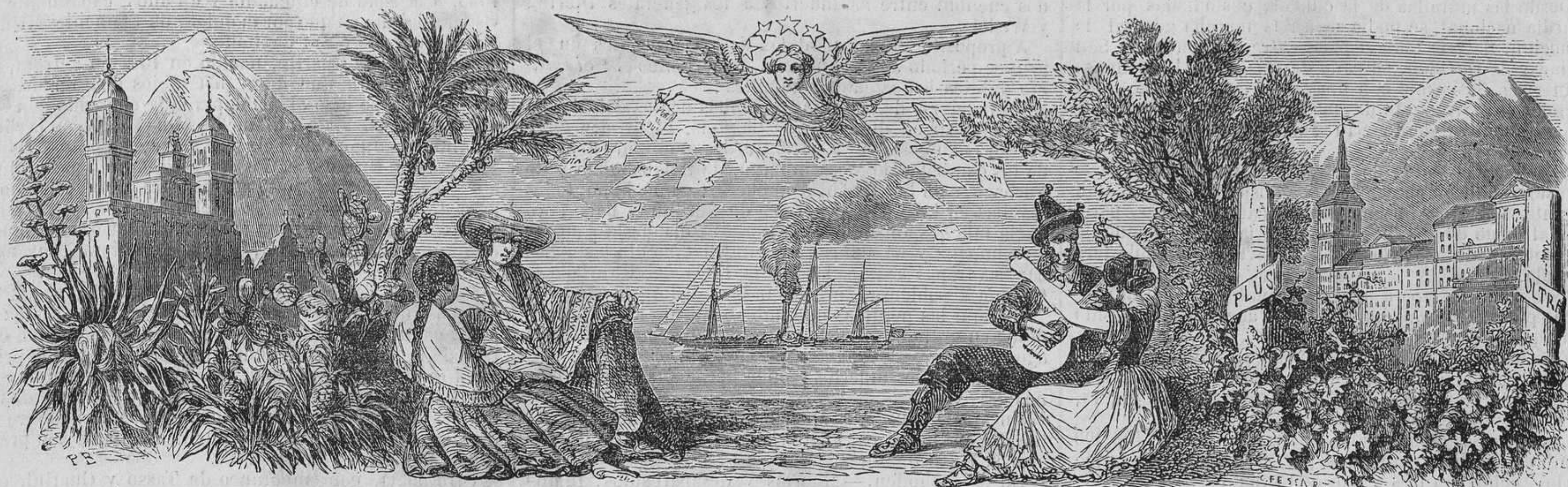


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Sautnier, número 4, en Paris.

AÑO 29. — N° 922.

SUMARIO.

La Guerra Ilustrada; grabados. — La literatura italiana. — Batalla de Gravelotte entre Mers-la-Tour y Doncourt; Vista tomada de Vionville; grabado. — Revista de Paris. — Poesía. — La defensa de Paris; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Batalla de Gravelotte: El ejército francés pasando por los Genivaux, la vispera de la batalla; grabado. — Aspecto de la estacion de Chalons al paso de un tren de heridos; grabado. — Paris: El cambio de billetes en el Banco de Francia; grabado. — Paris: El ejercicio de fusil en los squares de la plaza del Carrousel; grabado. — De Villahermosa á la China. — Problemas de ajedrez; grabado. — El general Trochu; grabado.

La Guerra Ilustrada.

Batalla de Borny. — Batalla de Gravelotte. — Los muertos y heridos.

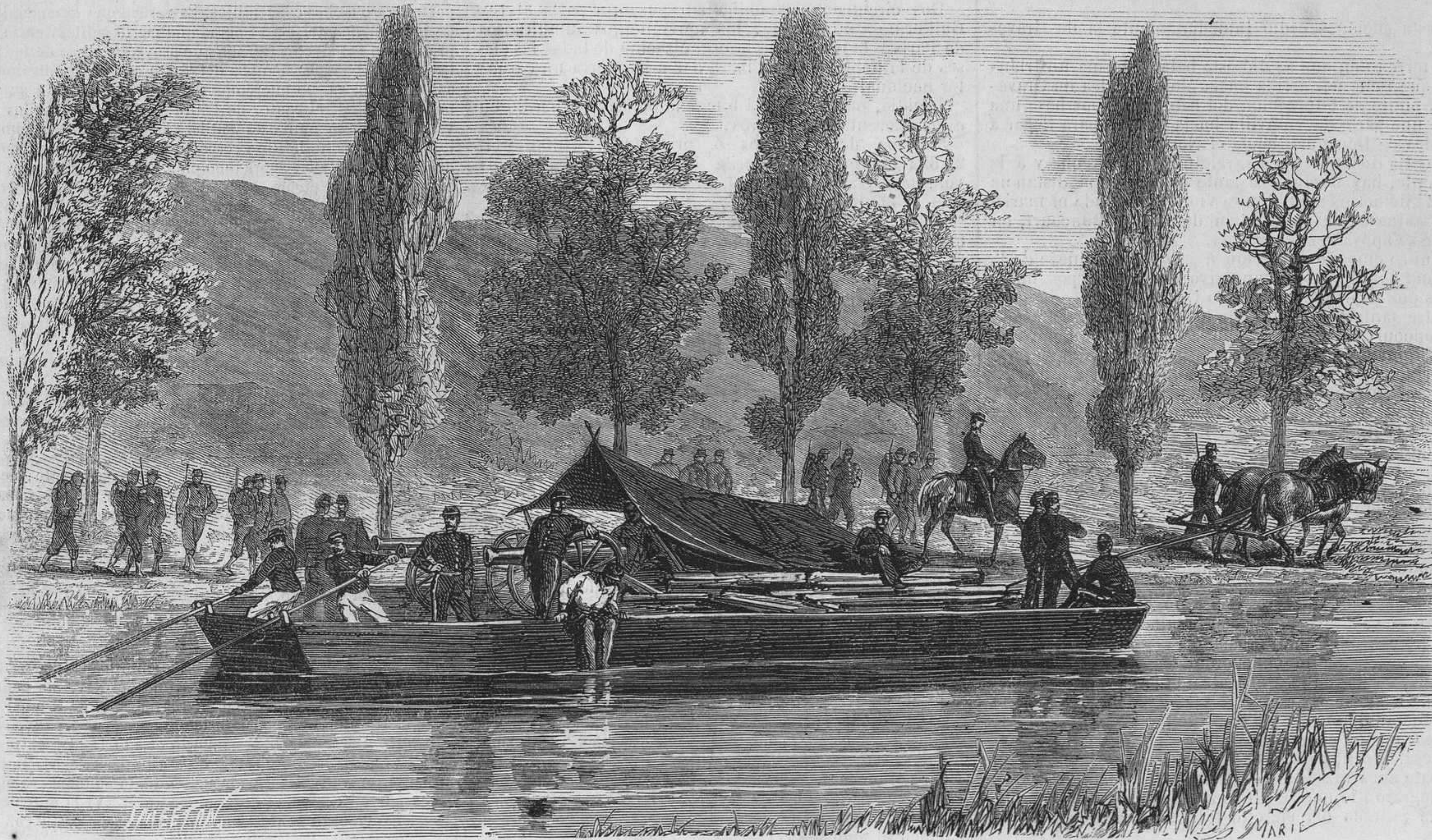
Esta semana tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de choques muy sangrientos entre los ejércitos beligerantes.

Hé aquí primeramente los pormenores que trae una correspondencia francesa sobre la batalla de Borny:

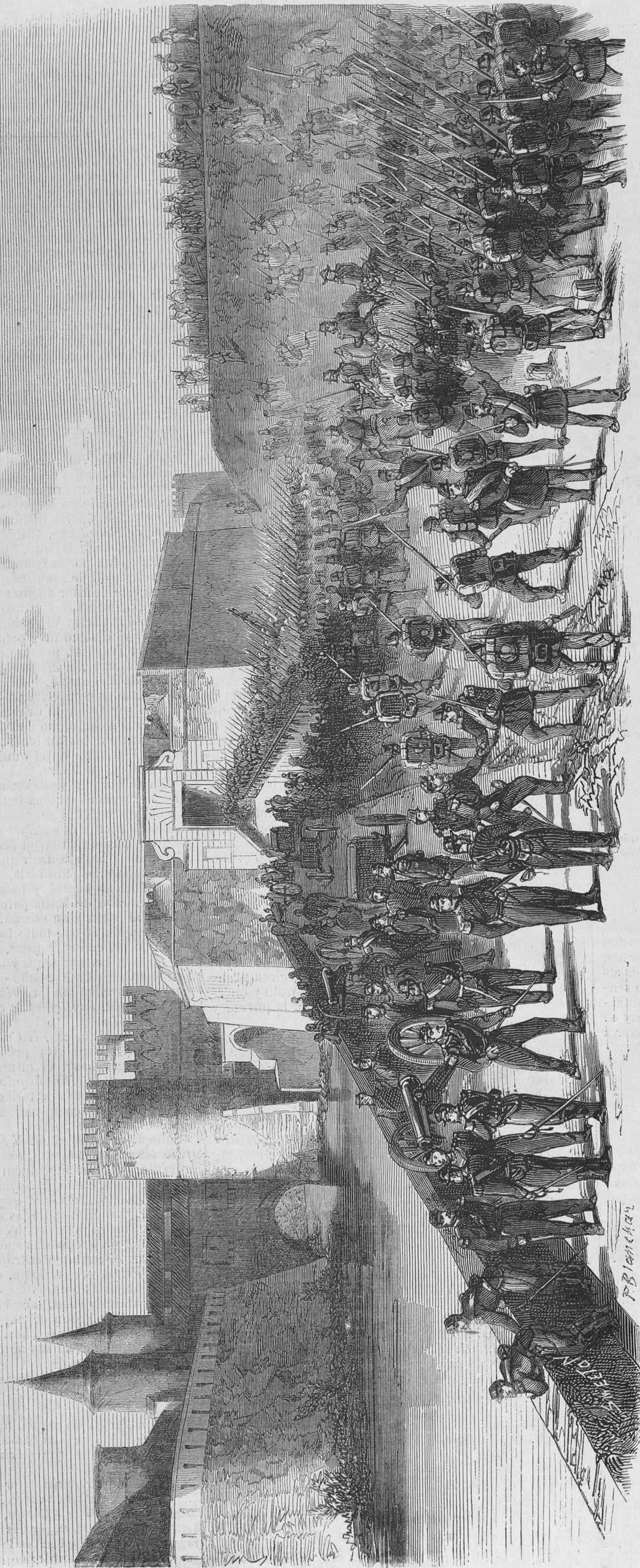
« Desde por la mañana habia corrido el rumor en la ciudad de que el ejército francés que cubria á Metz desde algunos dias iba á repasar el Mosela y dirigirse sobre Verdun. Al mismo tiempo el emperador, despues

de oír misa, se despedia oficialmente del clero de Metz, y en la plaza de la Prefectura los bagajes del cuartel imperial hacian preparativos para partir. El ejército, por su parte, daba principio á su movimiento de retirada, y bajando de las colinas de la orilla derecha, cruzaba el rio por puentes de barcas.

Desde lo alto de la esplanada se veia desfilir la infantería, la caballería y la artillería por la llanura de San Sinfiriano y entrar en la isla de Sauley, y se alzaban nubes de polvo en el camino de Moulins, que conduce á Verdun. El enemigo podia ver este movimiento desde sus posiciones y creer en una retirada completa; pero no vió que el ejército francés, en vez de flanquear sobre la izquierda para tomar la carretera de Verdun, se dirigia con un movimiento de conversion por la de-



LA GUERRA. — Un convoy de artillería en el canal del Mosa al Marne.



LA GUERRA. — Metz. — Llegada á la puerta de los Alemanes del cuerpo de ejército que atravesó la ciudad para ir á tomar posición en el Ban San Martin, después de la batalla de Borny, el 14 de agosto.

de poeta de la corte imperial de Viena, *Calsabigi*, *Coltellini*, *Sertor*, *da Ponte*, el abate *Casti*, *Sograffi*, etc. De estos poetas, la mayor parte compusieron, sin las serias, *operas cómicas*, género de espectáculo introducido hacia el año 1600 poco después de la *Dafne* de Rinuccini. (1)

Salido apenas el arte dramático de su larga infancia por los esfuerzos de Martelli y Fagioli, había vuelto á retrogradar á ella, y de nuevo predominaban en toda Italia las farsas de Ruzzante y las comedias *a braccio*. Aparecióse, empero, Carlos Goldoni, nacido en Venecia en 1707, y efectuó en el teatro tan feliz revolución que le granjeó gran celebridad y el renombre de Moliere italiano.

Redujo las comedias á reglas severas; en todas las suyas reina la mas escrupulosa honestidad, hasta el punto de poder muchas presentarse como modelo de moral y buenas costumbres; son estas la *Familia honrada*, la *Esposa prudente*, el *Hombre*, la *Doncella* y la *Mujer prudentes*, la *Esposa virtuosa* y otras. Declaró la guerra al vicio, poniendo en escena, con un talento poco comun, todos los caprichos y ridiculeces de su pais y las de casi todas las naciones.

Esta última circunstancia puede repararse en el *Acaro celoso*, en el *Fastuoso*, en el *Tutor*, en el *Jugador*, el *Charlatan*, el *Café*, el *Anticuuario*, en el *Abogado*, felizmente imitado por M. Roger; en la *Guastalla*, que pudo sugerir á la señorita Candelle la idea de su *Belle fermiere* (hermosa campesina), y en el *Embustero*, que, á imitación del de Corneille, está sacado del que trazó Lope de Vega, etc.

En todas las piezas que acabamos de citar, así como en las restantes del mismo autor, el estilo es natural, animado el diálogo, delicados los chistes, y en todas sus páginas viene la fuerza cómica á revelarnos el legítimo talento de Goldoni. No muy rico en bienes de fortuna y obligado por esto á trabajar con gran precipitación, ha dejado escritas este autor ciento y veinte comedias, habiendo llegado hasta diez y seis las que dió en un año. Así es que algunas se resienten por este lado del escaso precio en que se las pagaban, que eran ciento sesenta y cinco francos ó quince cequies por cada una.

Escribió alguna que otra en versos *martelliani*, bien que no son estas las mejores. Además compuso una porción de óperas cómicas. Llamado por Luis XVI á su corte, dió en francés el *Bourru bienfaisant* (el adusto bienhechor), que ha quedado en el repertorio teatral francés. Murió Goldoni en París en 1792, de edad de ochenta y cinco años.

El abate Pedro Chiari de Brescia (1711-1788) compuso un sinnúmero de comedias, todas en metro martelliano, que mas bien debieran llamarse dramas, á excepcion sin embargo, del *Mario Cortesán* (marido amable ó servicial), escrito en dialecto veneciano y considerado como una buena comedia. Este abate, introdujo en Italia la afición á las novelas, que escribió en número de treinta. Son notables las que se apellidan: *Viaggiatrice*, *Giocatrice di lotto* y *Ballepina onorata*.

A la vez, rival de Goldoni y Chiari, el conde Carlos Gozzi (1725-1802), persuadido de que el teatro es un sitio de puro recreo, y deseando al mismo tiempo ridiculizar la sencillez de Goldoni y la hinchazon de Chiari, hizo representar diversas piezas con el título de *Fiabe* (comédies-féeries en francés), entre las que citaremos el *Amor de tres naranjas*, la *Mujer serpiente* y *Monstruo azul*, sacado del cuento de Zemira y Azor, ó mejor aun de la fábula de Psique, etc.

Imitó sin esto algunas comedias españolas, como *Doña Elvira*, la *Hija del aire*, de Calderon; la *Prin-*

(1) Segun el abate Andrés, Horacio Vecchi fué quien lo introdujo, haciendo representar en 1591 su primera obra en este género, intitulada *l'Antiparnaso*.

cesa filósofa, que es el *Desden con el desden*, de Moreto, de donde sacó también Moliere su *Princesse d'Elide*, *Turlandotte* y *Zobeide*, son dos tragi-comedias suyas bastante bien versificadas. Sin embargo de todo, Goldoni triunfó de sus dos rivales, y las producciones de estos ya casi han desaparecido enteramente del teatro.

Una vez indicada por Goldoni la senda de la comedia regular, no faltaron imitadores que la siguieran, si bien es verdad que aun el mal gusto hizo esfuerzos por desviar á la nacion de aquella, única verdadera y de triunfos durables.

Entre los autores cómicos del siglo XVIII, cuéntanse el marqués Algarotti de Bolonia (1714-1790) que publicó ó hizo representar con buen éxito varias piezas, tales como las *Preocupaciones del falso honor*, el *Maldiciente* y el *Prisionero*, drama en cinco actos que en 1774 obtuvo el premio propuesto por el duque de Parma para la mejor composición teatral.

El genovés Camilo Federici (1734-1798), escribió una multitud de comedias y dramas, que tuvieron su época también, habiendo sido los más aplaudidos la *Aficion á las aldeas*, *Aciso á los maridos*, *No preguntéis los años á una mujer*, la *Honradez con solapa*, el *Sombrero con lengua*, la mejor y más acabada de sus piezas.

Francisco Avelloni, llamado *Il Poetino* (1742-1814), en vez de haber imitado á los dramaturgos de los teatros pequeños de París, como pretende un moderno escritor, hubiera podido mejor servirles de modelo. Dedicóse á presentar en la escena todo género de criminales, y ha dejado más de cincuenta dramas. *El Asesino*, escrito en solos cinco días, tuvo un éxito prodigioso.

Pintó en tres dramas consecutivos la vida entera de Enrique IV el Grande, pero es preciso confesar que la pintura ha quedado muy atrás del bello original. Su comedia *Mal carácter y buen corazón* no dejaría de tener mérito, á no estar tan exactamente calcada sobre el *Bourru bienfaisant* ó *bárbero benéfico* de Goldoni.

El caballero Greppi (1751-1810) ha escrito tres comedias, que giran todas sobre un mismo argumento: *Teresa y Claudio*, *Teresa viuda*, y *Teresa y Wilk*. Son recomendables por su grande interés y algunas escenas perfectamente cómicas.

Avelloni, como se ha dicho, se esmeró en hacer sus dramas plañibles y lúgubres; pero por mucho que lo sean, los dejan muy atrás los del teniente Juan Gamerra, toscano (1744-1810), en cuyos *Solitarios*, sin embargo de no ser el más horrible ni espantoso, vese salir á las tablas un esqueleto.

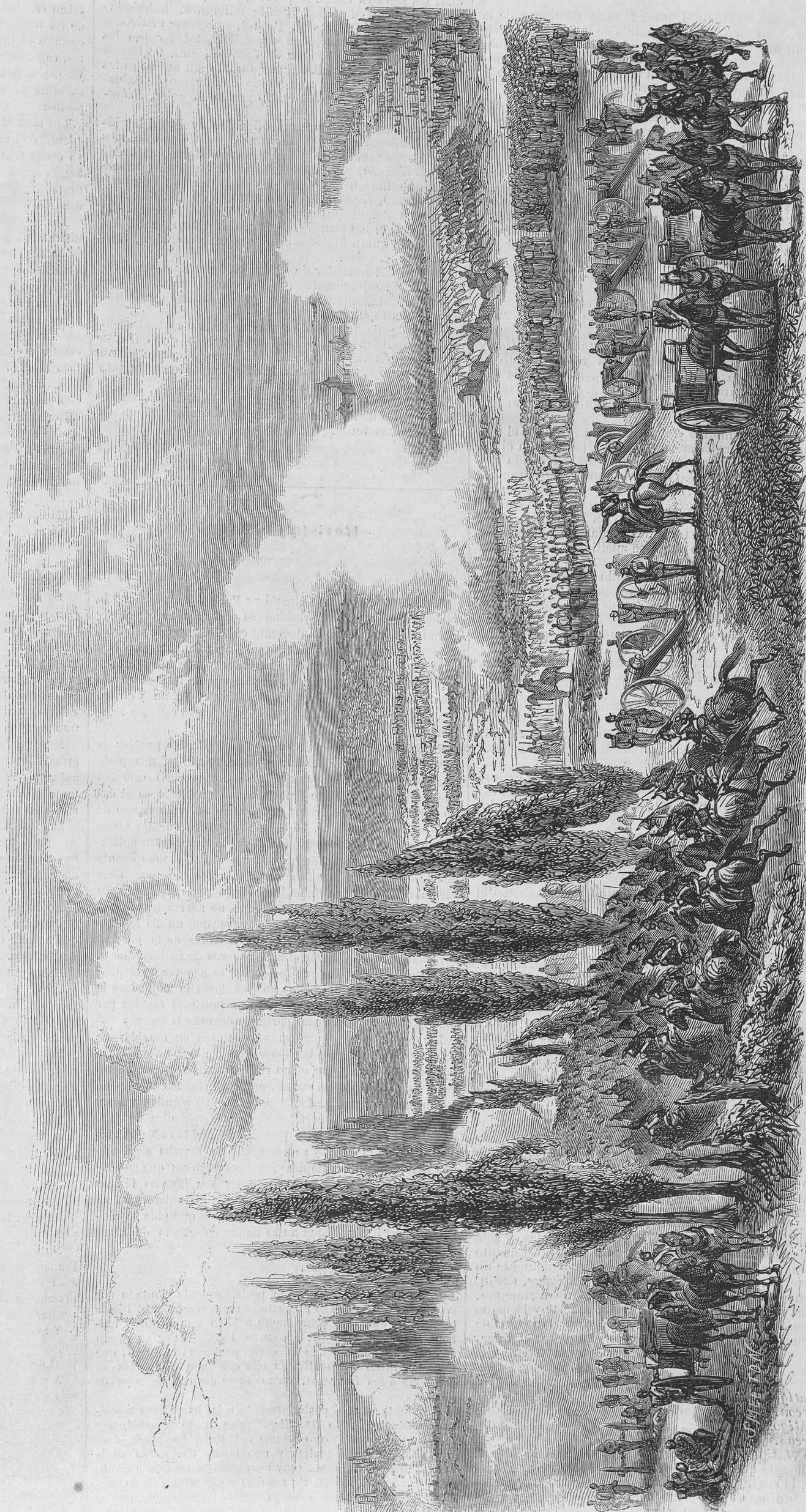
Es autor también de un poema épico, intitulado *la Corneida*.

Willi siguió poco más ó menos igual escuela, sin embargo de que sus dramas de la *Virgen del sol*, *Amalia* y *Valcourt*, y el *desertor alemán* ofrecen mucho interés y en general están bien versificados.

En medio de los precedentes dramaturgos, no del todo desposeídos de talento, que inundaban con sus horros el teatro italiano, algunos poetas de buen gusto volvian á hacer revivir la buena comedia, distinguiéndose entre ellos el ya citado caballero Sograffi, nacido en 1775, autor de algunas comedias de carácter, entre las cuales descuella el *Werther*: y Jerardo de Rossi, romano, del año 1764, autor de los *Hombres del día*, las *Lágrimas de la Viuda* y otras catorce.

El conde Giraud, hijo de Roma hácia el 1720, si bien de origen francés, imitó á Rossi. Cítanse sus piezas con elogio, entre otras el *Ayo atascado*, el *Prior de Cerreto*, y otras varias.

La tragedia desde la *Sofonisbe* de Trissino había quedado estancada en toda Italia, hasta que en 1713 el marqués Maffei de Verona (1675-1755) dió en su *Mélope* una buena pauta



LA GUERRA. — Batalla de Gravelotte, entre Mers-la-Tour y Doncourt, en el camino de Conflans: vista tomada de Vionville.

Varios son los extractos que reproduce del libro en cuestion, y entre ellos leemos el capítulo relativo al ataque de París, de que vamos á tomar los siguientes datos.

Se supone que los tres ejércitos de invasion procedentes de las fronteras del nordeste y del Este, en marcha hácia París, han llegado cerca de esta ciudad y ocupan las dos orillas del Marne.

El autor de la obra parte del principio de que el primero de estos ejércitos (Mosela) se compone de 200,000 hombres, el segundo (Saar) de 90,000 y el tercero (Alto Rhin) de 150,000 hombres, total 440,000 hombres, haciendo abstraccion de los cuerpos de bloqueo.

Empero si estos ejércitos han encontrado campos fortificados, el primero en Soissons, el segundo en Estrasburgo y en Marsat, y el tercero en Belfort y en Langres, y han tenido que sostener batallas formales, quizás solo podrán llegar á París con 300,000 hombres.

Cercar completamente con este ejército una plaza como París, cuyo recinto exterior tiene doce leguas, y aun diez y seis y diez y ocho alejándose hasta el límite de la esfera de accion de los fuertes, y cercarle como debe serlo toda fortaleza segun las reglas del ataque, de modo que se impida todo socorro y todo abastecimiento del exterior, es pura quimera, si además de la guarnicion, existe aun para sostenerla un ejército mandado por un general entendido.

El ejército de sitio no podrá pues, atacar mas que un lado de París, deberá concentrar hácia ese punto todas sus fuerzas y deberá tener una reserva auxiliar, de cuya manera se encontrará en las condiciones del sitio de Sebastopol, condiciones que se presentarán ante toda plaza, que mas que fortaleza de una extension normal, es un campamento fortificado.

Para un ejército alemán los puntos de ataque de la fortificacion de París, son naturalmente los lados Norte y nordeste. En primer lugar son los mas débiles: los fuertes del Este se hallan cubiertos en parte por el Marne; los fuertes Sur y oeste son los mas sólidos, y su ataque puede comprometer la línea de retirada del sitiador, sobre la cual no dejaría de operar el ejército de socorro. A fin de no exponerse á que la corte, el sitiador deberá pues elegir por punto de ataque el lado Norte, porque su ejército de observacion cubre las líneas de retirada que prolongan el Marne y el Sena, y podrá reorganizar los ferro-carriles de París á Estrasburgo y á Mulhouse que siguen esos valles. Esas vías férreas servirían tambien para el transporte del material de sitio procedente de las fortalezas alemanas del Rhin.

Admitiendo que el ejército de observacion alemán sea mas fuerte que el ejército francés de socorro, y que este, mantenido á cierta distancia de París no pueda molestar á los sitiadores, San Dionisio podría ser el primer punto que se atacara. Con efecto, una vez tomado, se avanzaría hácia Montmartre por el recinto continuo de París sin tener que temer los fuegos de flanco de los fuertes exteriores, y si solo los que procedieran del Sena.

Se sitiarán simultáneamente los tres fuertes de San Dionisio y el de Aubervilliers, atacando con menos vigor los demás fuertes del frente Este. El sitio tomara así el carácter del de Sebastopol, y sus obras de ataque deberán emprenderse al mismo tiempo contra una línea de fortificaciones de muchas leguas de larga.

San Dionisio se encuentra en la orilla derecha del Sena que forma un recodo y una lengua de tierra en la cual podrían levantarse las obras de ataque; su ocupacion por el sitiador es pues, necesaria, pero es difícil, aunque no imposible, si se pasa el Sena por las cercanías de Argenteuil. El sitiador podrá observar entonces la ciudadela del monte Valeriano, situada en la misma lengua de tierra, destruir la comunicacion de los ferro-carriles de la orilla izquierda del Sena con París y cubrir el ataque sobre San Dionisio. Arrojando un puente en el Sena estaria en comunicacion con las tropas que llegaran á la orilla derecha.

Las tropas del sitio de París podrían repartirse del modo siguiente: 50,000 hombres para el sitio de los tres fuertes de San Dionisio y para la ocupacion de la citada lengua de tierra; 20,000 al Norte de San Dionisio, tanto para cubrir el sitio por esa parte como para reforzar los cuerpos de ejército aislados en las dos orillas del rio, de modo que se reunirían allí 70,000 hombres, que hallarian su material de confeccion al Norte de San Dionisio ó en la selva de Bondy.

El autor continúa explicando la situacion de las demás fuerzas, hasta poner en movimiento un ejército de sitio que comprendería 180,000 hombres y que podría formarse con las tropas de los dos primeros ejércitos, en tanto que quedarían aun para el tercero, llamado de observacion, 120,000 hombres.

A este último atribuye un papel muy importante

Cubierto en su línea de retirada por el ejército de sitio, buscará al ejército francés de socorro á campo raso, para llevarle lo mas lejos posible de las inmediaciones de París; y además, tendrá la mision de interceptar á la guarnicion los convoyes y los viveres y de destruir las vías férreas que van al Sur y al Oeste, y por las cuales el de socorro podría recibir refuerzos y provisiones.

Vemos, pues, que se ha estudiado con detencion y desde hace ya tiempo el ataque de París; pero sabemos tambien que París no se ha descuidado, y que en la actualidad cuen-

ta con defensores en número bastante crecido y animados de suficiente entusiasmo para hacer frente á los sitiadores, si llegaran á presentarse.

Todo el mundo en París vive en la persuasion de que la resistencia seria formidable.

Una cuestion se ofrece á la mente de todos ante la eventualidad del sitio.

¿Debe trasladarse el gobierno á una ciudad del centro ó del Oeste?

La prensa responde con la negativa, diciendo que París debe ser siempre lo que es, la capital de la Francia. Si el gobierno, añaden, se trasladase á otra parte, París se podría creer abandonado, sacrificado, y quizás este pensamiento podría disminuir la confianza en la resistencia. La gran ciudad es inexpugnable, y sobre este punto no tienen duda alguna todos los que conocen el vasto sistema de fortificaciones, que prohíben su aproximacion al enemigo.

Pero hay una dificultad, y es la interrupcion de comunicaciones de París con lo restante de la Francia en caso de sitio.

Para allanarla, se proponen distintos medios, como el de crear cinco ó seis grandes mandos en las provincias del Oeste y del centro, con todos los poderes necesarios para administrar los departamentos, organizar tropas y acelerar la expulsion del enemigo.

Hasta ahora no se ha tomado medida ninguna respecto del asunto, aunque, como decimos, la cuestion se agita diariamente en la prensa; sin duda las últimas noticias que nos han señalado, primero una interrupcion de los prusianos en su marcha hácia París, y luego un movimiento en sentido contrario, habrán influido para que no se adopte la providencia que la prensa reclama.

Estas noticias alejan hoy por hoy la eventualidad del sitio que se habia creído inminente despues de las declaraciones del gobierno en la Cámara; mas no por esto la autoridad militar suspende los preparativos de defensa, que antes bien continúan con mas vigor que nunca.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LA SOLEDAD.

Salve, tranquila Soledad augusta,
Dulce consuelo del que sufre y calla;
Angel que cruzas con quietud el mundo,
Amiga del misterio y de la calma.

A tí se acoge el pobre miserable
Y aquel que siente torturada el alma;
Se bendice el que goza y el que llora
Y ambos te ofrendan Soledad, sus lágrimas.

Tú no naciste en el bullicio insano
Que entre los hombres sociedad se llama,
Ni entre la pompa de salones regios
Donde los vicios con el oro hermanan.

Solo se te halla en las humildes grutas
Que se entapizan con la fresca grama,
Donde destila tembladora gota
Que nace, brilla, y al caer se acaba.

Entre los bosques, corpulentos árboles
Arcos te forman con sus verdes ramas,
Y vense templos donde son columnas
Los rectos troncos de gallardas palmas.

Tras de los velos que la niebla extiende
Cuando la noche viene ó la mañana,
Le dan perfumes las silvestres flores
Que nadie aspira en la feraz montaña.

Es el silencio el himno misterioso
Que en tus altares en tu honor se canta,
O el suave ruido de arroyuelo humilde,
O el ronco trueno de la gran cascada.

Tambien te arrulla suspirante brisa
Cuando á las flores con su amor engaña,

Cuando retoza con las hojas,
Cuando sus quejas le refiere el agua.

Todo es solemne donde tú te encuentras,
Sea en la choza ó infeliz barraca,
O en el palacio que ruinoso oculta
Entre la hiedra en perdida fama.

Y eres mas grande, Soledad, si vienes
Cuando la luna con quietud derrama
Sobre la tumba y la ciudad dormida
Tristes reflejos de color de plata.

Cuando el Vesubio conmovido arroja
De entre su seno la tremenda lava,
Y cuando herida por su luz de infierno
Su faz la luna tras las nubes guarda.

Tú das la pompa y majestad severas
A esos desiertos que océanos llaman,
Donde lo grande, lo profundo, inmenso
Deja extasiada con horror el alma.

Del Chimborazo en la nevada cima
Solo la huella de tu pié se estampa,
La sombra á veces del condor andino,
La majestad de Dios, despues... ¡la nada!

Se agita el hombre por hallar un límite.
Del ancho espacio en la region callada,
Y allá en vacuo, lo infinito aéreo
Mas te contempla mientras mas se avanza.

Y atrás dejando al astro que en la noche
Su luz tranquila por doquier derrama,
Allá te admira, que la sombra eres
Del Dios incauto que animó la nada.

El triste amante que en ausencia llora
Busca el desierto donde todo calla,
Y allí pronuncia el adorado nombre
Que entre su pecho con sigilo guarda.

Y en tí confía, Soledad divina,
Y en presencia de tu amor ensaya
La triste queja y sus dolientes ayes
Vertiendo á veces quemadoras lágrimas.

¡Cuántos secretos poseerás tú sola
De esos que ocultos á la tumba pasan,
Y cuya historia para todos muerta
Nos desgarrara con dolor el alma!

¡Y cuántas veces lastimado en lo íntimo
Por brazo aleve que asestó á mansalva,
Como la sierva que al sentirse herida
Corre á los bosques á lamer su llaga;

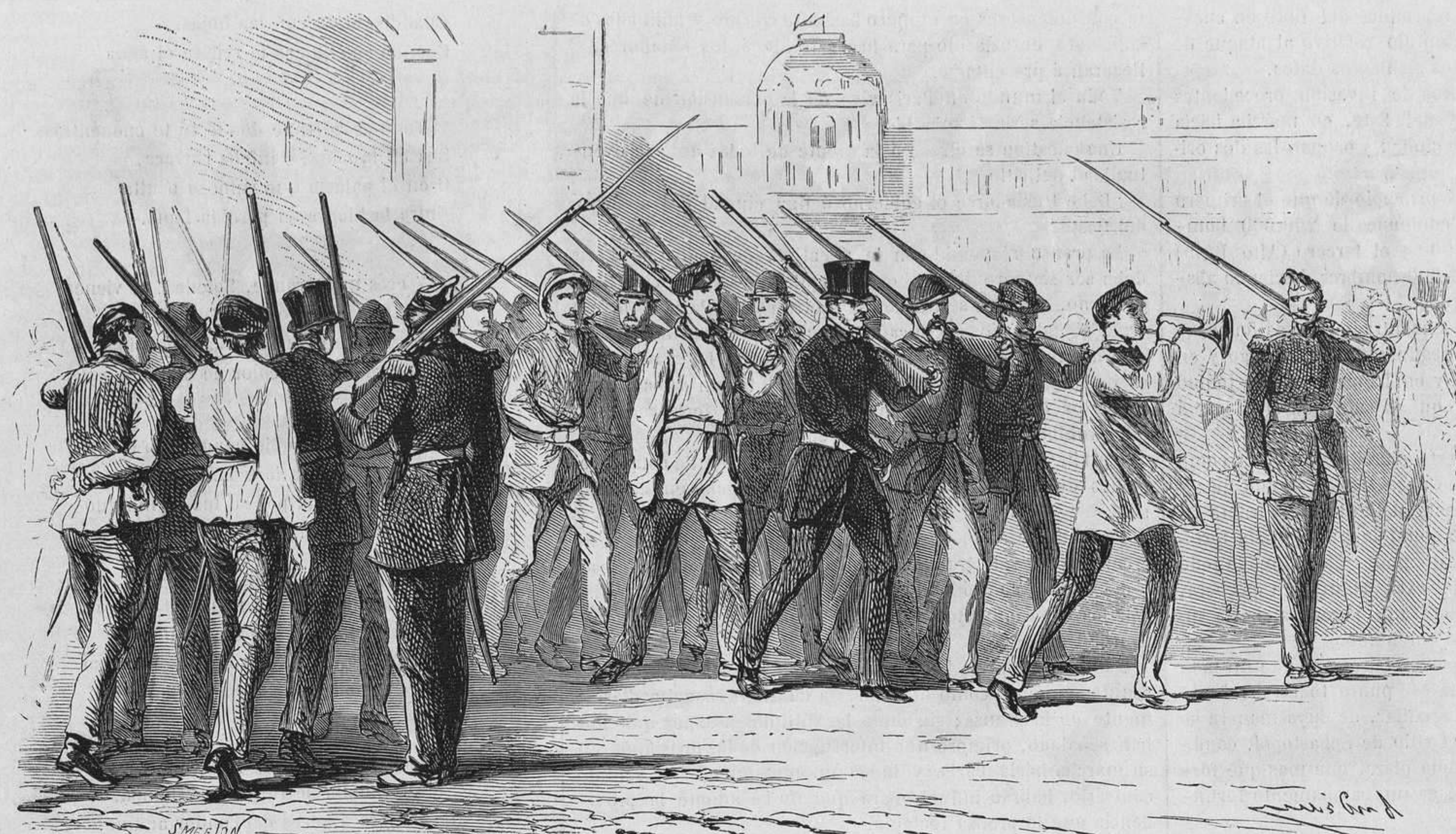
Corro á ocultarme en el albergue
Donde mi esposa con mi hijo aguardan,
Y allí entre halagos en silencio arranco
La espina aguda que clavó la infamia.

Tú que me escuchas los supremos ayes
Cuando la pena el coraron desgarran,
Que sabes los secretos de mi vida
Que humilde, triste, y en silencio pasa.

¡No me abandones en la tumba, amiga!
No quiero gloria. ¿Para qué desearla?
El recuerdo sincero de los míos
Y tu sombra en mi huesa, ¡eso me basta!

José DAVID GUARIN.

Bogotá, 1868.



PARIS. — Los francos tiradores.

La defensa de Paris.

Mientras el ejército francés lucha delante de Metz, en Paris se trabaja sin descanso en poner las fortificaciones en buen estado de defensa y en abastecer abundantemente la ciudad.

Por un decreto inserto en el *Journal Officiel* se ha instituido un comité de defensa, compuesto del mariscal Vaillant, del almirante Rigañt de Genouilly, de los generales Chabaud-Latour, Guio, d'Autemarre, d'Erville, Soumain y de M. Jerome David, al que se han agregado varios miembros del Cuerpo legislativo, entre ellos M. Thiers. Este comité, cuyo presidente es el general Trochu, se reúne todos los días en el ministerio de la Guerra, para hacerse cargo del estado de las obras, de las municiones y provisiones, y tambien para dar cuenta de sus operaciones al ministro de la Guerra.

Los fuertes, los cuarteles, las casillas de los empleados de puertas, todo se convierte en plaza de guerra. 80,000 hombres de guarnicion en la ciudad y 30,000 en los fuertes, tal es el efectivo. Los guarda-bosques cuentan dos regimientos de 3,000 hombres. Además han llegado ya 10,000 marinos-artilleros que destinan particularmente á la defensa de los fuertes de Montrouge, Bicetre, Ivry, Rosny, Romainville y Noisy. El cuerpo de los marinos tendrá un efectivo equivalente á una division. Cada fuerte tendrá por comandante particular un capitán de navío y á sus órdenes habrá un capitán de fragata y varios alféreces y guardias marinas. Estos marinos son los primeros artilleros de Francia; ellos fueron los que causaron mas daño á los defensores de Sebastopol durante la guerra de Crimea. Al mismo tiempo que los marinos, han llegado y llegan todavía á Paris de los diferentes puertos de guerra, piezas de marina para el servicio, todas ellas de grande alcance. Ya hay mas de



Llegada de los bomberos de los departamentos.

600 de grueso calibre puestas en batería y servidas por 8,000 artilleros.

Desde hace algunos días, los aduaneros recién llegados hacen el servicio de las fortificaciones. A ellos corresponde el cuidado de hacer que se cumpla el aviso del ministro del Interior prohibiendo al público que suba á las murallas y á los glásis.

Su consigna desespera á los curiosos. Paris ha tenido estos días un grato espectáculo, el de la llegada de los bomberos, que á la primera señal han acudido de todos los puntos de la Francia. Al verles llegar con su traje tradicional, el casco en la cabeza y la traza característica, nadie pensaba en reirse de ellos. Venian porque la patria está en peligro, dispuestos á batirse por ella y habiendo hecho de antemano el sacrificio de su vida.

Se han marchado ya; no sabemos si volverán, pero lo cierto es que esos 100,000 hombres de buena voluntad, todos veteranos, formarán en cuanto se quiera un ejército sólido, disciplinado y aguerrido.

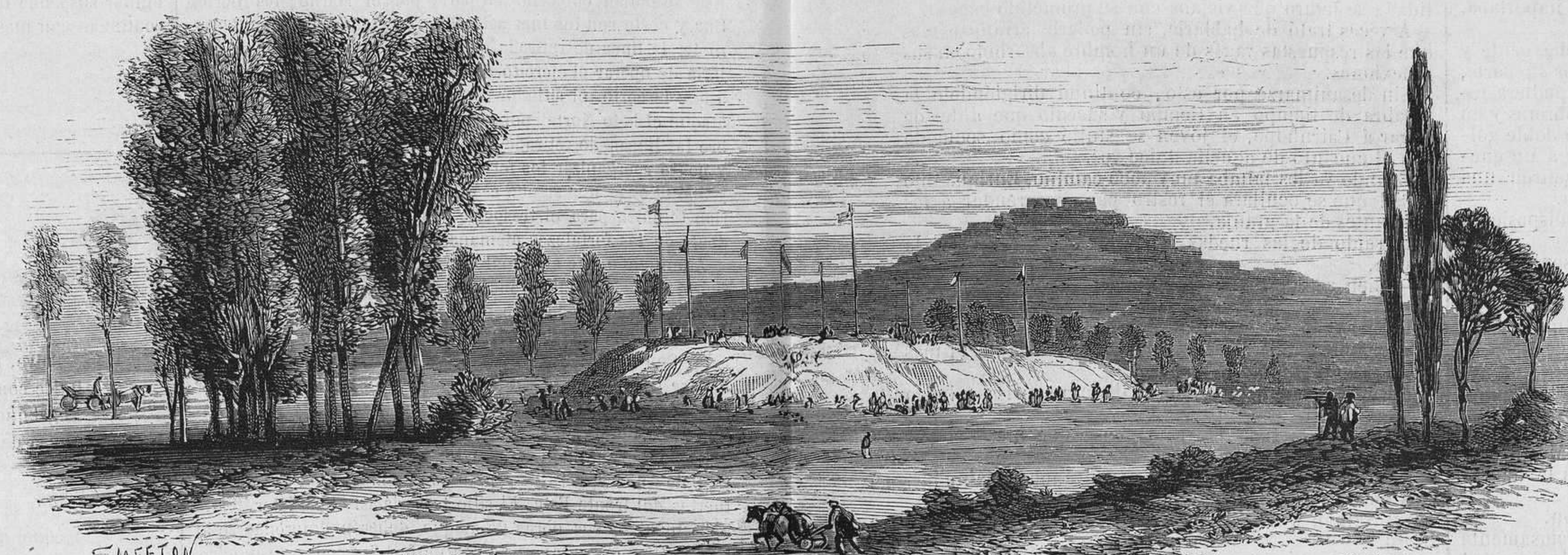
Las obras ejecutadas en torno del recinto fortificado consisten generalmente en suprimir el camino hacia las 68 puer-

tas de la capital, en restablecer el foso y el muro, y en arrojar un puente levadizo para mantener la circulacion en las puertas del bosque de Boulogne ha habido que cortar muchos árboles que, trasplantados á los bastiones, se han aprovechado para obras movibles de defensa.

Los trabajos no cesan ni aun de noche. A la caída de la tarde cuelgan faroles en las estacas de sostenimiento y los operarios continúan. Es un espectáculo muy curioso y que tiene algo de fantástico. El suelo está lleno de piedras que sirven para sostener las obras de tierra. Parecen inmensas barricadas. En la puerta de Neuilly se ve ya el puente levadizo, que es angosto y no muy sólido, por lo cual hacen que se apeen los viajeros del omnibus.

Mas allá de las murallas se elevan tambien obras de tierra para proteger la entrada de los puentes.

Las puertas de Bercy y de la Gare, situadas á la orilla del Sena, están cubiertas con obras especiales: allí se ven fortines, reductos, empalizadas y los elementos de un atajo. La puerta de Montrouge se ha suprimido y una doble cortina de terraplen forma su abertura. En la puerta de Chatillon las obras de de-



LA DEFENSA DE PARIS. — Fuerte levantado en el llano de Nanterre, delante del Monte Valeriano.

fensa exigen la demolicion inmediata de las casas mas próximas, y así es que los inquilinos han debido abandonarlas. En la puerta de Grenelle se ven ya las piezas.

En resumen, en todos los puntos de la capital la actividad es grande é incesante.

En el centro de Paris el palacio de la Industria ha cesado de ser un edificio pacífico, pues se halla convertido en cuartel y arsenal, es un templo de la guerra. Hace pocos días se acampaba allí un batallon de guardias movilizados. La mayor parte de aquellos mozos no vestian todavía el uniforme, pero tenian sus fusiles y su pan de municion. Recordaban, observa la *Opinion nacional*, el heroico dibujo de Chaslet, que representa á los voluntarios de 1792 descalzos y pidiendo zapatos á su capitán.

— Ha dicho el general, responde el oficial, que con hierro y pan se va al cabo del mundo, y que no se necesitan zapatos.

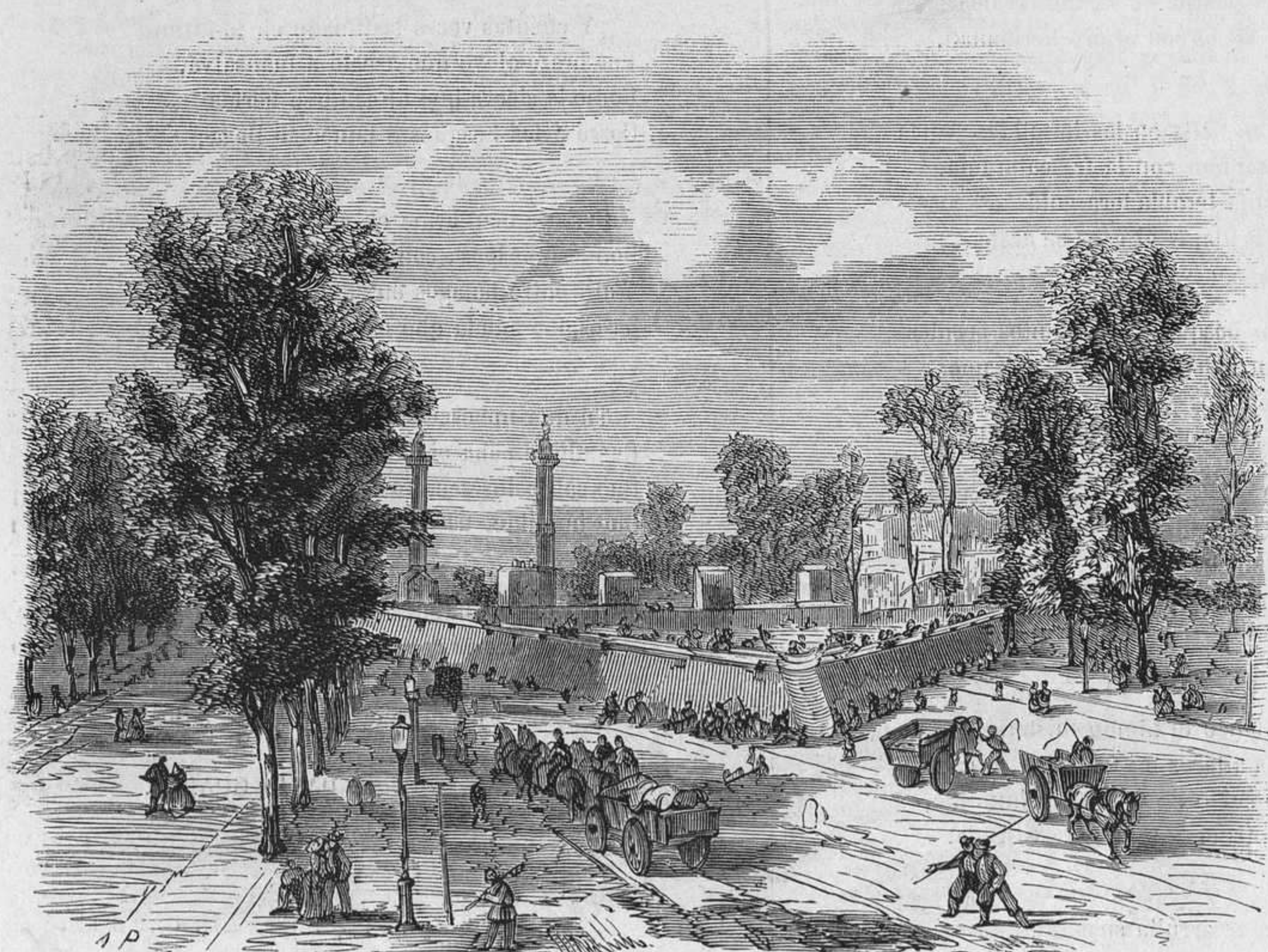
En torno del campamento de los guardias movilizados se ven montones de balas de cañon, piezas de artillería y carros del servicio de las ambulancias, esto es, una muestra de todo el material de

la campaña. Es verdad que en este momento Paris no es mas que un vasto campo de maniobra. En el Campo de Marte, en la esplanada de los Inválidos, en los Campos Eliseos, en todas partes se hacen ejercicios, y cada día se pueden ver en la plaza de Napoleon III pelotones de voluntarios que efectúan marchas, conversiones, toda clase de movimientos bajo la direccion de veteranos.

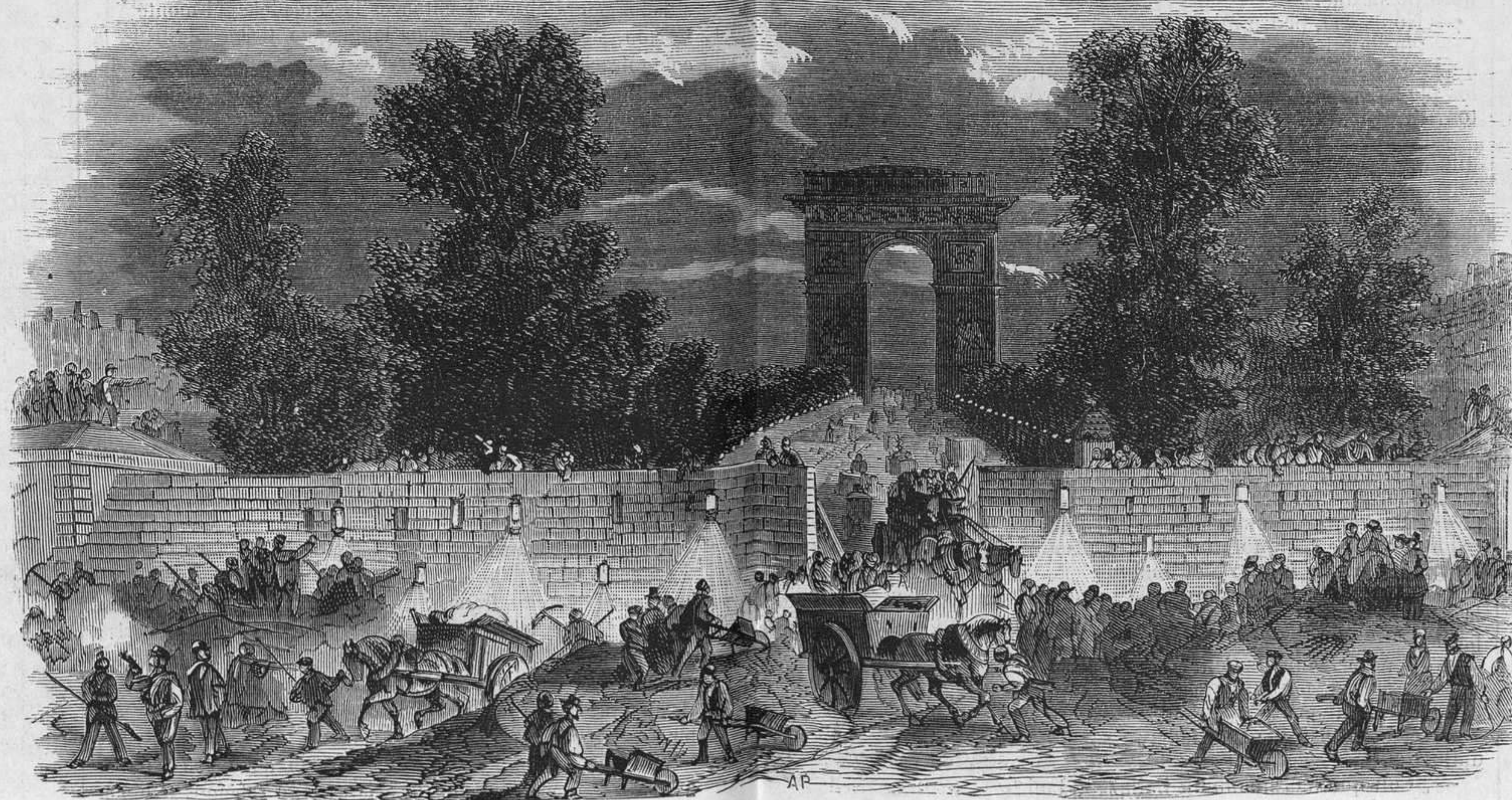
Pero no es todo aun: mientras Paris se arma, se hacen provisiones, punto muy importante para la defensa. En este punto podemos decir que se hace lo posible y lo imposible, y que Paris, que al cabo y al fia siempre tendrá víveres, pues nunca podrá ser completamente cercado, tendrá cuando llegue el día todas las provisiones necesarias.

Así, pues, se puede esperar con toda confianza la llegada del príncipe real de Prusia, que segun las declaraciones del señor ministro del Interior en la sesion del 26 de agosto, está en marcha hacia la capital; pues Paris se halla con todos los medios necesarios para hacer frente al enemigo.

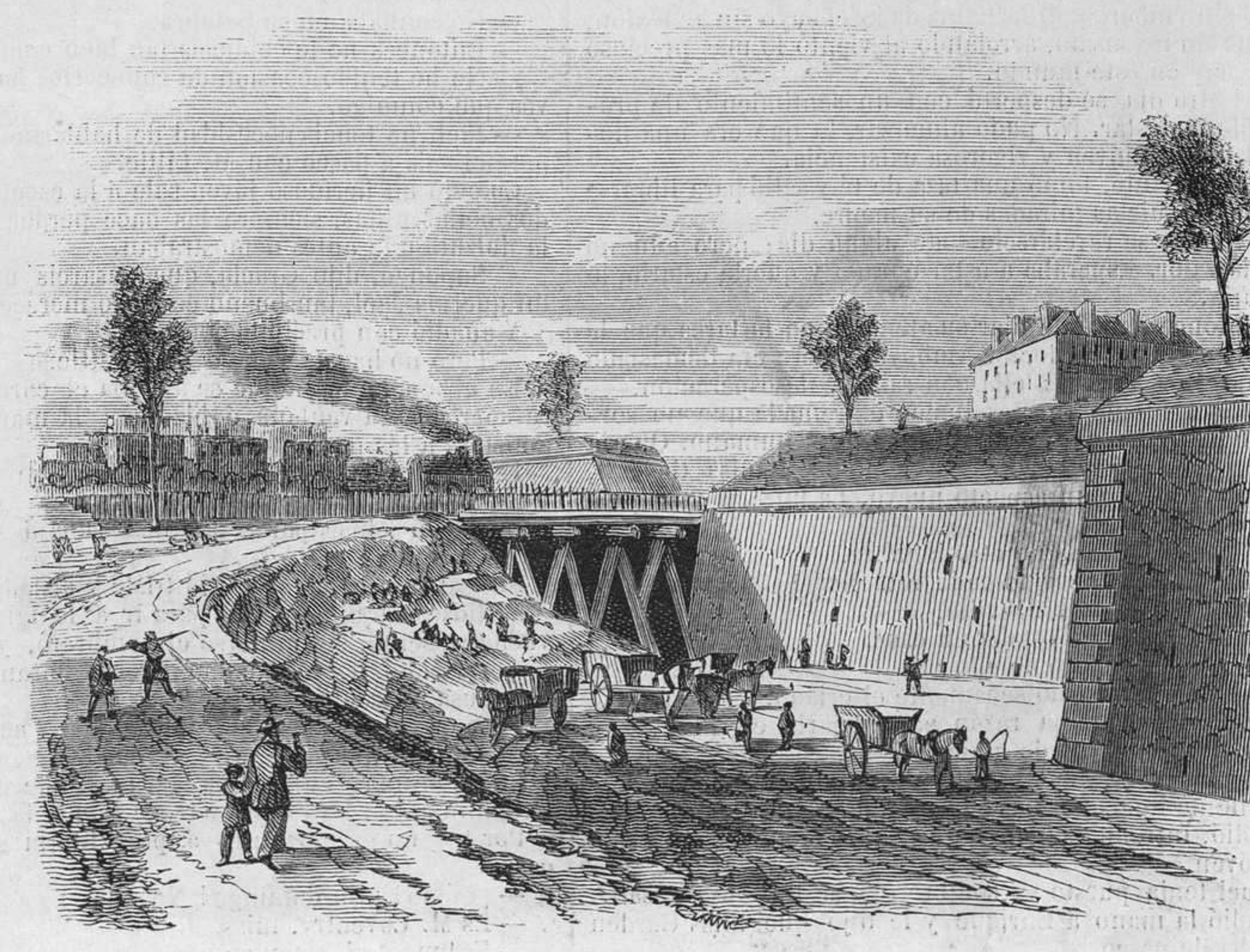
P. P.



Obras de defensa en la barrera del Trono.



Obras de la avenida de la Grande Armée: aspecto de las obras durante la noche.



Vista tomada en la interseccion del ferro-carril del Oeste.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 921.)

— Sois un poco orgulloso, pero muy leal. Podeis contar conmigo, que juntos nos burlaremos de nuestros tiranos hasta que hallemos ocasion de darles la ley. Seré franco: tenemos muchos pedidos de Lóndres y del continente, con otro de seis surtidos de herramientas para esculpir, con destino á varios elegantes de Hillsborough.

— ¿ Puedo verle ?
 — ¿ Por qué no ? Aquí está, recorredle mientras doy una vuelta por el taller.

Y arrojó el pedido sobre la mesa.
 Para Enrique era un papel precioso, pues era la letra de Gracia Garden, la primera vez que la veia.

Tomó el papel y su corazón se impregnó del suave perfume que exhalaba.

Devoró con los ojos aquellas letras trazadas tan delicadamente.

La joven hacia el pedido y daba las señas de sus amigos con el estilo conciso propio de los negocios, pero su pensamiento dominante se traslucía en la frase final.

« Os suplicamos todos, decia, que seais bueno con M. Little y que le protejais contra esas crueles y abominables Uniones. »

Los ojos de Enrique Little se humedecieron de lágrimas.

Llevó la carta á sus labios y la contempló con delicia.

Luego su amor tomó de repente otro carácter.

Transportado de júbilo se levantó y se paseó con orgullo por el cuarto, estrechando sobre su corazón aquel papel precioso.

¿ Por qué habia él fijado el miércóles ? Habria debido decir el martes. Pero ¿ qué importaba ? Ganaria aquel tiempo perdido.

De nuevo se veia en el camino de la fortuna que debia conducirle á ella.

Cheetham entró entonces y notó su emocion que, naturalmente, interpretó del modo mas prosáico.

— ¿ Qué os parece ? exclamó ; os respondo, que todas las personas son de la primera elegancia. Miss Laura Craske, la hija del alcalde ; lady Betty Tryone, que está aquí de visita ; miss Castleton, cuyo padre es diputado.

— ¿ Y quién es M. Coventry ? preguntó Enrique.

— Es un hacendado que gasta su dinero en Hillsborough... ¿ No le conocéis ? Es el futuro esposo de miss Garden.

— ¡ Ah ! exclamó Enrique sofocado.

Un estremecimiento glacial recorrió su cuerpo ; pero tuvo fuerzas para dominar la emocion, y habiendo dejado el papel sobre la mesa se alejó á paso lento.

Fiel á su amigo, aun en aquel instante cruel, pasó á ver á Bayne y le dejó recado de que no le esperaban en la fábrica aquel dia.

No habria podido hablar de sus proyectos con Bayne, pues ahora habian perdido para él todos sus hechizos.

Se alejó pues tristemente, pensando en su desventura.

Por primera vez reconocia su ceguedad. No habia locura comparable con la suya.

Si Gracia hubiese pertenecido á la clase obrera ¿ no la habria preguntado si su corazón estaba libre ?

Y sin embargo, él la habia dado el suyo sin reflexion, como un insensato, arrojando al viento lo mas precioso que hay en este mundo.

Al otro dia se despertó con un sentimiento de profundo malestar. No pudo almorzar, lo que era una novedad en su joven y vigorosa existencia.

No obstante, tomó una taza de té y salió para librarse de las inquietas miradas de su madre.

Propóniase revelárselo todo algun dia ; pero aun no tenia valor. Esperaba á estar curado y queria estarlo, lo estaria.

Entonces trató de fijar su atencion en la tarea que le habia confiado el doctor Amboyne ; pero era demasiado penosa y renunció á ella con rabia y desesperacion.

Después tomó una resolucion extremada que no sorprenderá á los que conocen el corazón humano. Queria hacerse fuerte y ver mas á menudo á miss Garden, pero verla bajo un aspecto nuevo. La miraria y se diria sin cesar :

— Sois la esposa de otro hombre.

Después de haber tomado esta firme determinacion, se dirigió á Woadbine-villa,

Miss Garden no estaba en casa.

— ¿ Estais seguro de ello ?

— No está, repitió secamente el criado.

— Pero no es una razon para dejarle en la puerta, dijo una dulce voz de mujer.

— No, miss, añadió el criado cambiando repentinamente de tono, pues estaba enamorado de Jael. Entrad, añadió, introduciéndole en el cuarto donde se hallaba la joven.

Jael tenia puesto su sombrero y se disponia á salir. Tendió la mano á Enrique y le dijo que miss Garden estaba de paseo.

— ¿ Con su prometido ? preguntó Enrique afectando un aire indiferente, pero conserñado en el fondo de su corazón.

— No puedo yo decir tanto, contestó Jael.

— No sabeis nada, naturalmente, repuso Enrique bruscamente.

Jael pareció sorprenderse, y miró al joven como para interrogarle.

Enrique se avergonzó de haber demostrado su mal humor, se acordó que ya otra vez habia sido ingrato con Jael, y queriendo reparar sus faltas, le dijo :

— ¿ No os he prometido llevaros á Cairnhope ?

— Sí, contestó ella sonriéndose.

— Pues bien, es preciso que vaya lo mas tarde el domingo próximo. Vendré pues á buscaros si queréis ¿ Estareis lista á las diez ?

— Sí.

— Tomaré un coche y os llevaré como una gran señora.

— Como querais, á pié ó en coche.

— Prefiero un coche. A las diez pues, pasado mañana. Hasta la vista.

Y se alejó, poco satisfecho del placer que acababa de causar. La mujer que él queria con verdadero amor era inaccesible, la que queria solo como una amiga, iba á pasar un dia entero en su compañía. Así era que tenia ojeriza á la pobre Jael por verla tan contenta cuando él era digno de compasion.

Este sentimiento no tardó sin embargo en disiparse, y durante el dia escribió á Marta Dence para anunciarle que iria á verla el domingo siguiente. Y añadió bromeando : « Y mirad bien, pues llevaré mi pastora, » proponiéndose darles á todos una agradable sorpresa, pues sabia que Jael era la favorita de toda la familia.

Al dia siguiente se dirigió con Billy á lo alto de las colinas, donde en lugar de pensar en el bienestar de sus enemigos, así como estaba convenido con el doctor Amboyne, se puso á odiar á todo el mundo, sobre todo al adorador de miss Garden y á las Uniones de Hillsborough. Los afiladores y los que cortaban las limas podian morir como moscas, que á él poco le importaba. ¿ Se ocupaban ellos de él ?

El doctor era demasiado bueno para aquella gente y haria mucho mejor en guardar su dinero. Por su parte, no lo aceptaria. Todo el genio inventor que pudiera poseer, lo emplearia en burlar las sociedades obreras y en transformar la iglesia en taller de fragua. Este doble golpe maestro, por medio del cual debia vencer á un enemigo y afrentar otro secretamente, le hizo sonreir una ó dos veces, no con alegría, sino con tristeza.

Al dia siguiente se despertó en la misma disposicion de ánimo.

Habia un officio religioso á las ocho y el sonido majestuoso de la campana le llamó á mejores sentimientos : se vistió apresuradamente y se fué á la iglesia.

Volvió mas triste, pero menos irritado. Almorzó, dió una última mano á su atavío, subió en el coche y se dirigió á Woodbine-villa.

M. Garden y Gracian acababan de almorzar cuando se paró en la verja.

— ¿ Quién es ? preguntó M. Garden.

— ¡ Cómo ! padre mio, ¿ habeis olvidado á M. Little ?

— ¿ Es él ? Mirad cómo está vestido ; pues le he tomado por un gentleman.

— Y no os engañaban ; lo es por su corazón.

Jael entró aviada para el paseo ; traia graciosamente puesto un pañolon y parecia la imagen de la felicidad y de la salud.

— Ha venido para llevarme á Cairnhope, dijo Jael.

— ¡ Ah ! ¿ para eso ? Estoy segura de que le esperaréis.

— Sí, dijo Jael sonrojándose.

— Y no me habeis dicho nada, añadió Gracia con cierta aspereza.

— No confiaba en su palabra.

— Entonces no le conocéis tan bien como yo.

— No he tenido ocasion de conocerlo ; habla mas con vos que conmigo.

— Jael, no teneis necesidad de hablarme en ese tono porque vais á paseo con M. Little.

Cuando un hermoso joven sale á la escena amado por dos bellas niñas, siempre las hace perder un poco de la dulzura que antes demostraban.

— Supongo, dijo Gracia, que pasareis un buen dia, mi querida Jael, tan bueno como lo mereceis.

Y añadió con precipitacion :

— Pero no hagais esperar á M. Little.

En el momento en que se alejaba el carruaje, Gracia se acercó á la ventana é hizo con la mano una señal amistosa á los paseantes.

Enrique se estremeció ; sus megillas se encendieron y chispearon sus ojos negros.

— ¡ Cuán felices parecen ! dijo Gracia á su padre ; y no es de extrañar.

Sin saber por qué se sintió triste y aislada.

Vistióse maquinalmente para ir á la iglesia, y á su vuelta se sentó, sin quitarse el sombrero, y muy luego se sorprendió llorando como á veces lloran las jóvenes sin causa aparente.

Después se preguntó por qué lloraba y acabó por decirse que era una niñería.

Cobró ánimo y enjugó sus lágrimas. Luego se dijo que el domingo era un dia muy triste y la vida tambien.

Por fin, un criado entró á preguntarla si estaba en casa.

— ¡ Cómo ! ¡ Un domingo ! No, no,

— Es M. Coventry, miss.

— Entonces sí, estoy en casa.

X.

VISITA Á LA GRANJA DE CAIRNHOPE.

Los que encontraron á Jael Dence y á Enrique Little en su tilbury de alquiler caminando hácia Cairnhope, debieron observar el contraste de sus fisonomías. Hermeros los dos, la joven aparecia radiante ; el joven, al contrario, estaba pensativo y sombrío.

Enrique se habia propuesto arrancar aquel dia la cerradura de la antigua iglesia de Cairnhope, á despecho de su tio Raby, y llevaba para esto las herramientas necesarias.

Sin embargo, le asaltaban muchas dudas.

La operacion que meditaba no era sino el primer paso de una empresa árdua y peligrosa, y justamente se lanzaba á ello en el momento en que sus amos tomaban un mal carácter.

A no ser por los compromisos con M. Cheetham, quizás habria retrocedido.

En cuanto á Jael, no obstante su aire risueño, tampoco tenia motivos para estar contenta.

El hombre á quien amaba, y que era entonces su compañero de camino, amaba á otra mujer.

En verdad, era bueno y afable con ella y despues entrambos pertenecian á la misma clase. ¿ Quién podia decir si en el porvenir no sobrevendria un feliz cambio ?

Así era que con esa facilidad de esperanza tan propia de los corazones juveniles, Jael se abandonaba por momentos á la felicidad de la hora presente.

Enrique estaria á su lado todo el dia, y tan cerca de ella en aquel angosto vehículo que podia sentir los latidos de su corazón.

Y el hombre á quien amaba la llevaba al correr de su caballo, hácia otros seres que la eran muy queridos, su padre y su hermana.

Una dulce ilusion reemplazó finalmente la triste realidad ; se figuró que viajaba con su prometido esposo.

A veces trató de hablarle, sin poderle arrancar mas que las respuestas vagas de un hombre absorbido en sus reflexiones.

Sin desanimarse por esto, continuó dirigiéndole la palabra de tiempo en tiempo y sucedió que antes de llegar á Cairnhope, el joven se sintió como seducido con el encanto de aquella dulce voz.

Cuando ya les faltaba muy poco camino, Enrique dijo á Jael que se ocultara el rostro para sorprender á los habitantes de la granja.

El ruido de las ruedas hizo que Marta saliera á la puerta.

— Bien venido seais, dijo al joven, vos y vuest... ¡ Ah ! ¡ Es Jael ! No te ha valido esconderte, te he reconocido.

Patty ayudó á su hermana á apearse y las dos jóvenes estrechamente abrazadas, formaron un instante el mas lindo grupo.

Enrique las contempló con maliciosa sonrisa y luego dijo :

— ¿ Y es esta toda la recompensa que merezco por haberos traído vuestra hermana ?

Entraron y fueron recibidos por el anciano Labrador.

A poco rato la campana de la iglesia anunció el officio y Nathan Dence dijo á Marta que se pusiera el sombrero.

— ¡ Oh, padre mio ! exclamó Marta con tristeza.

— ¿ No veis que prefiere quedarse en casa para charlar con Jael ? dijo Enrique, que lo que deseaba era des-
 embarazarse de entrambas.

El anciano Dence mereó la cabeza : era un devoto que no transigia con nadie.

— ¿ Cómo ! exclamó ; ¿ no podeis reservar á Dios una hora de su dia ?

— No es eso, padre mio...

— No hay duda que estamos contentos por la llegada de Jael ; pero comerá y cenará con nosotros. Creedme, los placeres permitidos el dia del sábado son mas gratos al volver de la iglesia.

— Teneis razon, querido padre ; pero olvidais... ¿ Nadie se lo dirá ?... ¿ Habrán jurado matarme de vergüenza ?... Vamos, Jael, habla.

— Padre mio, dijo Jael, que comprendió al instante, hoy se publican sus amonestaciones.

— Eso es diferente, repuso el anciano.

Enrique no pensaba que fuese una razon para que Marta se estuviese en casa y la aconsejó que fuese á la iglesia con su hermana, aun cuando no fuera mas que para ver cómo se hacian las amonestaciones.

Al oir esta proposicion, las dos jóvenes levantaron sus manos al cielo con estupor. Le riñeron, le sermonearon, y por último, pusieron en su noticia que si una joven asistia á la publicacion de sus amonestaciones los hijos que salieran de su matrimonio correrian el riesgo de ser sordo-mudos.

— ¿ De veras ? exclamó Enrique ; pues es un hecho fisiológico que yo ignoraba. En ese caso, M. Dence, dejemos á vuestras hijas y marchemos.

La novia se quedó en la granja para conformarse con la rústica supersticion y Jael tambien para hacerla compañía.

El Labrador Dence se encaminó hácia la iglesia y Enrique le siguió, porque deseaba librarse de la charla de las dos hermanas.

Con efecto, así que se quedaron solas entablaron este diálogo :

— ¿ Con que has hecho un hallazgo, Jael ?

— No sé nada.

— Yo adoro á un jóven moreno.
 — Y yo tambien, pero desgraciadamente no es para mí.
 — Pues yo creo mas su palabra que la tuya. Te llama « su pastora » en su carta.
 — ¡En su carta! Enséñame esa carta.
 — Aquí la tienes.
 Jael recorrió sonrojándose el venturoso mensaje. Tuvo un instante de júbilo; pero su sensatez y su triste experiencia recobraron luego su imperio.
 — Pura cortesía de su parte, dijo devolviendo la carta á su hermana. Sus pretensiones son mas altas.
 — ¡Estaría loco!... No lo creo.
 — Te lo juro, dijo Jael; pero hablemos de tí, querida hermana y de tu boda.
 Una vez en este terreno, la conversacion no se acabó hasta que volvieron los dos hombres, y todos se sentaron á la mesa.
 Despues de la comida Enrique aprovechó la primera ocasion para escaparse, y habiéndose escurrido al patio para tomar sus herramientas, que se ocultó lo mejor que pudo entre sus ropas, se puso en camino para la vieja iglesia.
 Aunque debia pasar por Raby-Hall, el jóven obrero se guardó muy bien de tomar aquella direccion. Volvió hacia Hillsborough, el espacio de tres millas, y luego dejó el camino para penetrar entre las malezas.
 Despues de haber seguido un rato un barranco bastante hondo, distinguió la iglesia.
 Quiso acercarse y cayó en un pantano invisible donde se hundió hasta la cintura.
 Cuando salió de allí, no sin trabajo, Enrique Little echó una mirada á sus ropas, y previendo que en lo sucesivo tendria que recorrer el mismo camino, amontonó algunas piedras para marcar el sitio peligroso.
 Por fin, habiendo llegado al término de su excursion, arrancó la cerradura de la ruinoso iglesia y sujetó la puerta con clavos; despues de lo cual volvió á la granja con paso rápido.
 En todo esto gastó mucho tiempo, y ya el sol estaba en su ocaso.
 En el momento en que Enrique dejaba la cerradura en el arcon del tilbury, vió llegar á Marta Dence encarnada como una cereza.
 — Me parece que os ocupais muy poco de mi hermana. ¿Con que venis á pasar el dia con ella en la granja y la dejais sola toda la tarde?
 — He venido para mis negocios, contestó Enrique un poco cortado.
 — Así parece. En todo caso vuestros negocios os han puesto en mal estado. ¿Qué podeis tener que hacer un domingo? ¿Me lo direis?
 — Tanto me gustaria decírselo al campanero.
 — Teneis razon, M. Little, no os fieis mas que en vuestros amigos.
 La amargura de esta réplica cerró la boca á Enrique. Patty prosiguió la carga, haciéndole observar que cuando un jóven sale á pasar un dia en el campo con una amiga, es una injuria el abandonarla durante tres horas.
 Su animacion la hizo elevar la voz cuando hablaba así, y Enrique la respondió en el mismo tono:
 — Os repito, Marta, que he venido por mis negocios y no por Jael. Dispensadme que haya creído que os agradaria mas estar solas. Las mujeres son todas iguales; siempre han de tener un hombre que las haga la corte.
 — Eso mismo.
 — Pues bien, otra vez no os traeré á vuestra hermana, si es que yo vuelvo.
 Jael entró entonces y se puso pálida.
 — ¡Oh! Patty, ¿qué has dicho?
 — He dicho lo que pienso.
 — Y le has hecho pronunciar la única palabra descortés que en mi vida le he oído.
 — Perdonadme Jael, repuso Enrique con aire arrepenido.
 Jael cortó la conversacion diciendo á su hermana que su padre pedia el té.
 Así que se alejó Patty, Jael puso su mano en el brazo de Enrique y clavando una expresiva mirada, le dijo:
 — ¿Qué teneis? No os he visto así sino cuando os sucede alguna desgracia.
 — ¡Oh! Jael, mi corazon está despedazado... ¡Va á casarse!...
 — ¿Quién os lo ha dicho?
 M. Cheetham afirma que está comprometida con un Coventry.
 — ¡Quién sabe! Es cierto que ese gentleman la visita á menudo y dicen que la hace la corte; pero si es verdad que la gusta que la admiren, no es fácil agradarla.
 — ¿Con que pensais que no está perdida toda esperanza.
 — Cierto que no: en tanto que hay vida hay esperanza.
 — En ese caso ¿qué debo hacer?
 — ¿A mí me lo preguntais?
 — Sí; porque me dísteis un buen consejo en lo del seguro.
 — Es que en aquello veia muy claro. M. Garden es muy aficionado al dinero y pensaba que le seriais simpático, asegurándoos por una gran cantidad. Pero aqui no veo tan claro y no sé qué aconsejaros: si os dirigiera mal podriais quejaros.
 — No, no; nunca seré ingrato.
 Jael meneó la cabeza con aire de duda.
 — Pues bien, replicó Enrique, no me aconsejais, si eso os repugna; pero poneos en mi lugar. Voy á deciros un secreto que no diria á vuestra hermana; he encon-

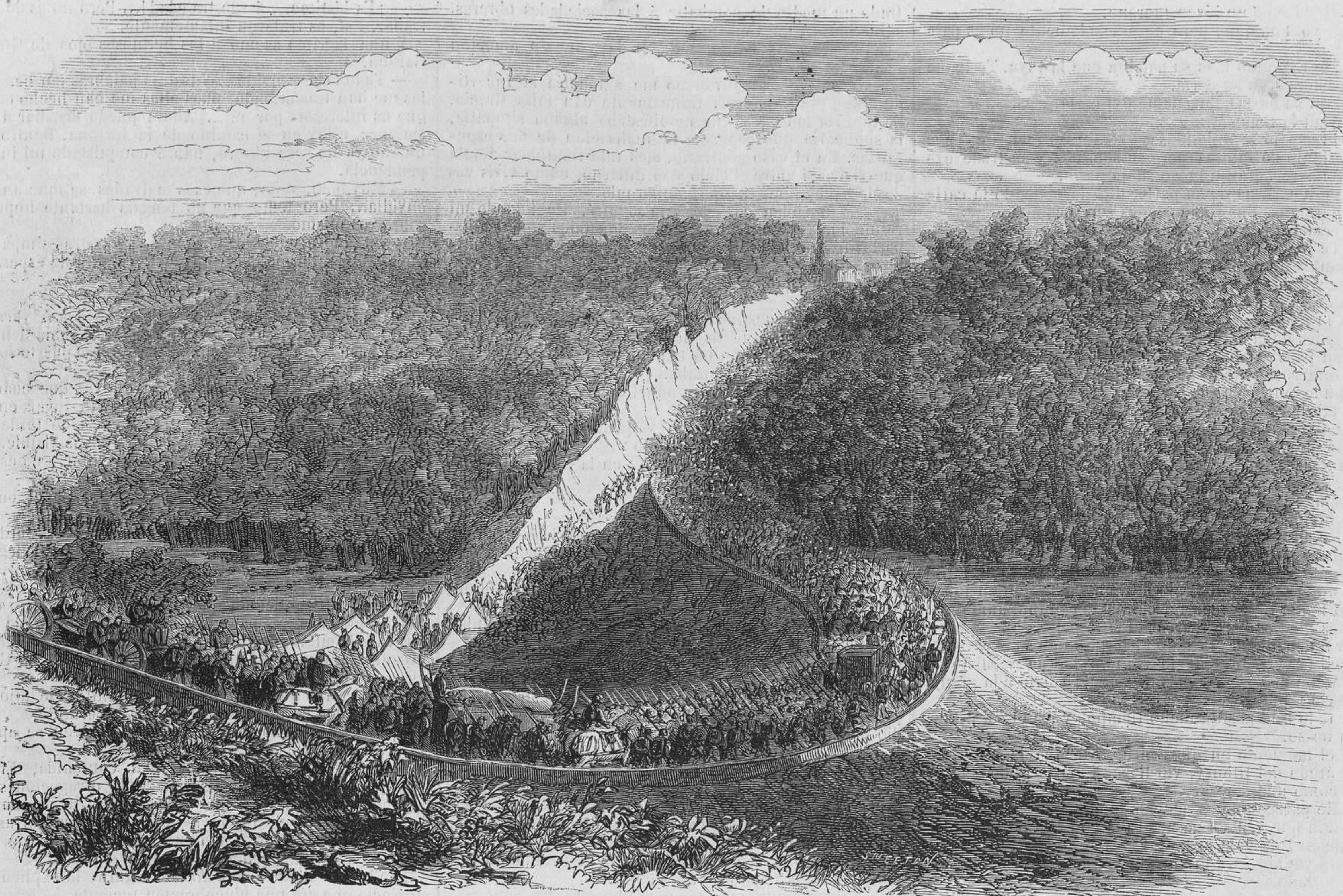
trado un medio de combatir á las sociedades obreras. ¿Qué hariais pues en mi lugar?
 Esta pregunta confundió á Jael; y no sin emocion respondió con voz trémula:
 — Si yo fuera un jóven no me agradaria la incertidumbre; me explicaria francamente con miss Gracia. Se lo diria todo, y si me manifestaba alguna simpatía, la suplicaria que esperase la realizacion de mis esperanzas. En el caso contrario, mas vale renunciar á ella que vivir así entre el cielo y el infierno, como vivís vos desde hace algun tiempo, amigo mio.
 — Es un buen consejo y le seguiré. He tomado mi resolucion respecto á los cuerpos de oficios y pienso hacerles frente... Pero hay otra cosa que quiero preguntaros.
 Era demasiado para Jael: la lucha habia quebrantado sus fuerzas.
 — Guardad vuestras confianzas, dijo, no hay una jóven de ciento que os hubiera hablado como lo he hecho yo. ¿Creeis que no tengo un corazon como ella?
 Y la pobre jóven sollozaba.
 Súbitamente cortado con aquel dolor, Enrique se arrepintió de su dureza.
 Tomó la mano á la jóven y quiso consolarla; Jael derramó la última lágrima y dijo:
 — No es nada, no hagais caso: en la vida se necesita valor.
 Y le dejó solo.
 Enrique se hizo algunas reflexiones.
 Su diálogo con Jael le hacia considerar bajo un nuevo aspecto el carácter de la mujer que su juvenil experiencia no le habia revelado todavía.
 Se dijo que hasta entonces habia estado muy tímido con Gracia Garden.
 Tal fué la primera reflexion que le sugirió el implacable egoismo del amor.
 La segunda le abrió los ojos sobre los sentimientos de Jael. En vez de una se encontraba con dos mujeres.
 Cuando llegó el momento de la marcha, Enrique suplicó al labrador que le prestara una manta que extendió delante del fuego para quitarla la humedad.
 — ¿No teneis vuestro capote? le preguntó Patty; me pareceis muy melindroso.
 — Y muy poco amable, replicó el jóven con tono irónico.
 Cuando Jael tomó asiento en el tilbury, Enrique le envolvió con la manta.
 — ¡Con que era para mí! exclamó la jóven, contenta porque se veia objeto de tales cuidados.
 — Seguramente, ¡soy tan melindroso!
 — Os quiero por esa atencion, le dijo Patty.
 Hubo entonces muchos abrazos y apretones de manos con promesas de próxima vuelta; y luego los dos viajeros se encaminaron á Hillsborough.
 Durante el trayecto, Enrique estuvo afectuoso con su compañera, y esta reservada y silenciosa.
 En la puerta de Woodbine-villa se separaron.

XI.

PENAS DE AMOR PERDIDAS.

Al otro dia Enrique se presentó muy temprano y halló sola á miss Carden.
 Su corazon palpitaba con violencia.
 La jóven le recibió risueña, y le preguntó si habia hecho un buen viaje.
 — Excelente, á Dios gracias.
 — Pues yo os he envidiado vuestro paseo y vuestra compañera.
 — Es una buena muchacha.
 — Es mas aun: gana mucho cuando se la trata.
 Enrique juzgó que habia llegado el momento de explicarse, pero su emocion crecia, y no sabia cómo entrar en materia.
 Mientras vacilaba, Gracia le preguntó si venia á concluir el busto.
 — No, no habia venido á eso... sin embargo, le acabaré, dijo para salir de su apuro.
 Emprendió el trabajo, miró á su modelo, y luego, dejando caer su cincel, dijo:
 — Aun no os he dado las gracias, no sé cómo expresaros mi gratitud.
 — ¿Por qué?
 — Por lo que habeis enviado á M. Cheetham.
 — ¡Oh! no hablemos de eso, repuso Gracia sonrojándose; si alguno debe darme gracias, es M. Cheetham.
 — Quizás por el pedido, mas no por las palabras que le acompañaban... ¿Creeis que yo no haga otro caso que el que hago de los demás pedidos?
 Gracia se sonrojó mas todavía.
 — ¿Os enseñó mi billete?
 — Sí, y se lo agradezco en el alma. ¿Os diré el efecto que ha producido en mí?
 — No hablemos mas de eso. Me felicito de haberlo escrito, puesto que tanto os agrada.
 — ¡Ah! vuestras palabras han hecho de mí otro hombre! Estaba abatido, desalentado por las persecuciones de los cuerpos de oficios, aborrecia al mundo entero... El buen doctor Amboyne me ha hecho entrever una tarea nueva; la de salvar la vida de nuestros semejantes. Pero esta tarea era superior á mis fuerzas, la sociedad habia sido demasiado injusta conmigo... No me sentia capaz de devolver bien por mal... Mi corazon rebosaba rabia y amargura...

— ¡Es lástima... á vuestra edad!... Pero no es de extrañar... sí, os trataron infamemente.
 Y una lágrima asomó á los hermosos ojos de Gracia Garden.
 — Todo eso se olvidó... Vuestras palabras tan benévolas me han transformado, pues ellas me han hecho creer que os interesais por mí... Ahora puedo desafiar á las Uniones, estoy en el camino de la fortuna. Dentro de un año ya no seré obrero, habré conquistado mi independencia.
 — Muy bien, valor, que esos malvados se mueran por envidia... Pero temo que no tengais bastante imperio sobre vos mismo.
 — Lo tendré, creedlo, lo tendré si vuestras simpatías me sostienen, si me decís una sola palabra de esperanza... ¡Oh, si supierais!...
 Gracia comenzaba á sentirse muy agitada.
 — M. Little, ¿podeis dudar de que yo deseo vuestro triunfo? dijo con menos calor que el que habia demostrado hasta entonces, y como si se hubiese puesto sobre la defensiva.
 — No, no lo dudo; pero temo á mi vez que cuando haya ganado la batalla y conquistado un lugar en el mundo, no sea ya muy tarde... ¡sí, demasiado tarde!... La turbacion de la jóven era cada vez mas visible.
 — Os suplico, continuó el obrero escultor, que esperéis todavía algunos meses. Permitidme...
 El acaso suele desempeñar un singular papel en la vida.
 Ahora bien, el acaso quiso esta vez que M. Garden, que casi nunca entraba en el cuarto de su hija, llegara entonces inoportunamente para interrumpir á Enrique Little.
 El anciano gentleman estaba demasiado ocupado con sus propios asuntos para observar la fisonomía de los dos interlocutores; sin esto, probablemente se habria preguntado por qué Enrique estaba tan pálido, y Gracia tan encarnada.
 — He sabido que estabais aquí, M. Little, le dijo, y he venido á hablaros de un negocio importante.
 Aprovechando tan buena ocasion, la jóven se apresuró á salir del cuarto.
 Ardiendo con una emocion mal contenida, Enrique debió escuchar con deferencia las divagaciones de M. Garden, sobre un objeto que entonces le preocupaba mucho; pero el *Buitre* le tenia entre sus garras, y no se hallaba dispuesto á soltarle antes de haberle arrancado su última pluma.
 El director de la compañía de seguros le explicó un proyecto que era una elucubracion reciente.
 Los obreros no habian tenido ninguna prevision, y él queria guiarlos por mejor camino, con el ejemplo no menos que con el precepto.
 Enrique lo aprobó todo, no tanto por granjearse la benevolencia de un hombre á quien debia mirar con atencion, como por desembarazarse de una conversacion importuna.
 Pero no era fácil de alcanzar este último objeto.
 El director del *Buitre* estaba muy embebido en su proyecto, y tenia mucho que decir para llegar á su conclusion, que fué ofrecer á Enrique una comision de tanto por ciento sobre la prima anual que pagara cada uno de los obreros que se asegurase en su compañía.
 Cerrado el trato, Enrique, que con gran satisfaccion se quedó solo, esperó con impaciencia la vuelta de miss Garden.
 Parecía muy natural esperar á la jóven para terminar su explicacion; pero salió burlado en su esperanza, pues Gracia no volvió, y nuestro jóven escultor tuvo que tomar tristemente el camino de su domicilio.
 — ¡Ah! exclamó, Jael me habia aconsejado mal: con mi precipitacion he asustado á miss Garden.
 Debía pues proseguir solo su camino como antes.
 En el espacio de cuarenta y ocho horas se instaló en su nueva casa; la amuebló en parte, compró una provision de madera para esculpir, expuso muestras en su ventana y escribió su nombre sobre la puerta.
 Sin embargo, á instancias de su madre borró el nombre y le substituyó con el ROWBOTHAM.
 Rowbotham no era enteramente un seudónimo. Era el nombre verdadero de Billy el idiota.
 El pobre mozo tenia disposicion para la escultura; pero le faltaba práctica.
 Enrique le tomó de huésped, le enseñó los principios de su arte, y en cambio se apropió su nombre. En medio de aquellas directas decepciones aun tuvo tiempo de fabricar una llave para la cerradura de la antigua iglesia de Cairnhope.
 El martes á la una de la noche se fué á la fábrica de M. Cheetham, y le abrió la puerta un hombre grueso de barba larga, con traje de obrero, que era M. Cheetham.
 La fragua de ruedas estaba puesta, así como un carreton que contenia el yunque, el martillo, el fuelle, las tenazas y cierto número de hojas de acero.
 Atrón la fragua detrás del vehículo y salieron para la expedicion misteriosa.
 M. Cheetham llevaba el carreton y Enrique le siguió á cierta distancia hasta que pasaron los arrabales.
 Al pasar por delante de Woodbine-villa Enrique distinguió luz en una ventana.
 Su corazon le decia que era la de Gracia y se detuvo un instante á contemplarla. Era su estrella polar.
 El camino no ofrecia mas que una dificultad.
 Un hombre montado podia atravesar el pantano; pero el carro debia forzosamente pasar por Raby-hall para llegar á la iglesia.
 (Se continuará.)



LA GUERRA. — Batalla de Gravelotte. — El ejército francés pasando por los Genivaux, la víspera de la batalla.



LA GUERRA. — Aspecto de la estación de Chalons al paso de un tren de heridos.



PARIS. — El cambio de billetes en el Banco de Francia, cuando la declaracion del curso forzoso.



PARIS. — El ejercicio de fusil en los squares de la plaza del Carrousel.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Libro segundo.

(Continuacion. — Véase el Nº 921.)

Solo tenemos ante los ojos la fábrica sencilla y poco suntuosa de un convento en medio del campo. A los primeros personajes de nuestra relacion no podemos encontrarlos todavía. Huyeron, el uno, con extranjero rumbo, en una cerrada diligencia; la otra... no sabemos si, con el trascurso de algunos meses, habrá desechado de su imaginacion las impresiones fugaces de una noche de baile. Pero hoy en nuestro conocimiento otra persona, que no puede correr por los caminos al impulso de ocho caballos, ni presentarse en la bulliciosa pompa de los regocijados festines...

Es Irene, que vive muy lejos de las grandes ciudades, muy apartada de las escenas del mundo. Los ecos del murmullo de la sociedad llegan apenas á los confines de la region donde se esconde su retiro, y las torres de su religioso albergue no son tan elevadas que podamos descubrir de pronto tendiendo los ojos por la dilatada llanura.

Para llegar desde Madrid es menester recorrer uno de los radios mas extensos de la Península, andar mas de cien leguas en direccion del Norte, atravesar grandes montañas y trasponer los últimos ramales de la gran cadena del Pirineo, que ciñe la frente de nuestra península desde las fuentes del Ebro hasta las rocas del promontorio Trileuco.

Y allá, cuando las enriscadas cumbres se han vencido, cuando la brisa húmeda del Océano advierte la proximidad de la costa, y que la escarpada cordillera se deja siempre á la espalda, todavía encuentra el viajero delante de sí el formidable estribo de otra última sierra, que, mas irregular y mas quebrantada, le suspende entre nubes y entre riscos, cuando ya creía pisar las arenas batidas de las olas.

Desde aquellas cimas ve el mar á sus plantas, como un abismo. Sepárale solamente de su orilla una zona de verdura y rocas, sino que aquella que desde la eminencia parece angosta faja, son aun cuatro ó seis leguas de rápido declive. Míranse de allí, como avanzando una garra sobre el Océano, los botareles de la montaña, que entran, elevados y perpendiculares, en medio de las ondas; y las sinuosidades por donde, entre los enormes dedos del gigante, penetra el mar á recibir los raudales de corta corriente, en que se reunen de promontorio en promontorio todos los manantiales que despiden las altísimas laderas. Ni son de la misma extension y anchura aquellos infinitos senos, rios, golfos y radas de la variada costa.

Hay puertos espaciosos, donde en torno de magníficos remansos se elevan en leguas de circuito anchurosos anfiteatros de praderas y verdes colinas, y fértiles labranzas cubiertas de poblacion innumerable. Hay gargantas mas angostas en que, casi perpendicular el tajo del monte sobre las aguas, solo ha dejado á un lado y otro del rio que allí muere, pocas millas de vega para la morada del hombre; recintos, es verdad, donde la naturaleza compensó la estrechez del espacio y la aspereza del suelo con la riqueza suntuosa de la vegetacion y con la magia de la perspectiva.

En el fondo, cabe las arenas del mar y sobre las aguas del rio, el acarreo de los desprendidos aluviones reproduce, al abrigo de los encaramados cerros, las flores y los frutos del ardiente Mediodía, mientras que el hombre no cabiendo en el angosto valle, conquistó la ladera y la colina, arrastró afanoso, hasta el pico de la empinada cresta, prodigios de cultivo y torrente de sudor, y descuajó, capa por capa, y barranco por barranco, los zócalos y pedestales de la cordillera.

Casas y aldeas, viñedos y pomares, labranzas é iglesias, se elevaron de grada en grada hasta los altos pinos que se cimbrean sobre la roca ó la ermita de la última cresta; grandioso anfiteatro, desde cuyos tajados y verdes tendidos se pueden contemplar sin envidia las mieses doradas del llano ó la frondosidad de la vega.

El horizonte cerrado de aquellos pintorescos recintos tiene siempre abierto un frente, como el escenario de un inmenso teatro; solo que aquel telon, eternamente descollado, muestra por foro el mar, sin límite ni barrera, con el espectáculo incesante de sus grandezas infinitas.

Las tempestades hiperbóreas llegan alguna vez hasta aquellas aguas, que no tienen valladar, desde el Polo, haciéndolas rugir con truenos de dias y noches, ó bien azotan las rocas y las playas con el furor de los huracanes del Trópico; pero la ribera, abrigada en el regazo de los montes, permanece tranquila y templada, y ni las inclemencias mismas del invierno la despojan de su eternamente juvenil verdura...

Por aquellas orillas ni hay grandes ciudades ni páramos desiertos. No hay allí lugar ni camino para recintos populosos, pero no hay tampoco senda ni quebrada por aquellos contornos que no conduzca á la vivienda del hombre, ni campo ni seto que no revele cercana,

aunque casi siempre emboscada y escondida, la mano que le cuida, la familia que alimenta.

Por entre aquellos grupos desparramados de casas de piedra cárdena, revestidas por el Norte de hiedra, sombreadas al Mediodía de pomposos árboles frutales, descuellas, con su tosca espadaña ó con su puntiagudo caballete, la iglesia parroquial de cada aldea, ó la ermita que consagró, por milagrosa y bienhadada, la devocion de aquellos valles.

Tambien los rústicos y sencillos templos están rodeados de árboles y de emparrados; tambien se apoyan contra las quebradas pintorescas, ó se asoman sobre las pendientes peligrosas, ó sorprenden los ojos al súbito volver de las agrias cuestras. Tambien conducen á su puerta senderos floridos, orillados de madre Selva y zarzamora.

Tambien circundan sus rústicos atrios lozanos vallados de boj oloroso, mezclado con el laurel silvestre, enemigo del rayo. A veces, cerca del sagrado baptisterio, murmura el arroyo que desciende de la eminencia; á veces, de las mismas paredes de la capilla venerada trasuda la fuente, que los ediles aldeanos adornaron con su concha y bebedero, ó con una urna, que parece un nicho sepulcral; á veces, á través de aquellas construcciones, la naturaleza ha hecho brotar saltadores no menos bellos que los que el genio del Oriente hizo descender por las escaleras del Generalife, y á veces la sombría pizarra del templo se tiñe con aquel viso oscuro y melancólico que allá, sobre las riberas de la Hausse, entre las nieblas donde nació Cromwell y donde se inspiró Milton, conservan severas las antiguas abadías.

El cementerio está al lado de la iglesia, como en las calles de Londres, y las danzas de las romerías forman sus animados corros entre las sepulturas, como en los paisajes del Pussino. Sin duda que las orillas del rio ó las playas del mar han parecido sitios demasiado públicos y descubiertos á esta religion pudorosa y amiga del silencio.

Cuando desde el rompimiento de las primeras gargantas se empieza á descubrir el valle, adonde vamos llegando, los campanarios y las iglesias se presentan escalonados y guarecidos contra el declive mismo de la montaña.

Por allá, muy en la hondonada, sobre la corriente del rio, como dique ó tajamar del último recodo que forma, para encaminarse rectamente al Océano, alcánzase á ver de toda aquella vega una fábrica modesta, cuyas proporciones la distinguen desde luego entre las demás construcciones del campo; cuya torre, mas regular y mas elevada, anuncia de lejos mas respetado rango y mas importante destino que las humildes parroquias.

Aquel es un convento; asiéntase en el centro de la vega, sobre el vértice meridional del ángulo que cierra, estrechando el cauce del rio, la ensenada que forma un puerto: rodeándole á alguna distancia casas pobres; habitante dentro vírgenes del Señor.

Por el Norte sus rejas miran al mar; por el Mediodía la iglesia abraza al monasterio de los encañados vendabales; al poniente la separa solo del rio un jardin con elevadas tapias; al Oriente le domina y sombrea un camino de cornisa, carretera y paseo de un pueblo cercano.

Considerado el valle como un templo, aquel edificio ocupa el lugar que el coro de nuestras catedrales, y al entrar por el puerto el navegante, blanquea á sus ojos como un ara antigua, en el último término de las playas, aquel santuario, desde donde suben diariamente al cielo preces que el mundo ignora.

De aquel religioso retiro no puede propiamente decirse que es una soledad; la habitacion del hombre de los campos se descubre por todas partes; algunos dias la nave espaciosa de la iglesia se llena de reverente multitud de fieles, y las campanas de su torre dan la señal de la oracion é indican las divisiones del dia á mas de dos mil familias. La vega donde prevalecen al aire libre los naranjos y la esbelta palma Christi, no será un riguroso clima, ni debe ser un yermo desolado el santuario que dió á su excelsa patrona la graciosa advocacion de *Virgen de Valle-de-Flores*; pero el horizonte es cerrado y triste: las vecinas montañas limitan la vista por donde quiera: el hombre se ve por todas partes; pero el mundo está muy lejos, y quien desde aquellas rejas se pusiera á escuchar algun ruido, no oiria en todo el año sino el bramar de las ondas, el chirrido de las carretas de labranza y el gorjeo de los innumerables pájaros que pueblan aquellas frondosas arboledas...

II.

Este era el único rumor que llegaba á los oidos de aquella Blanca, cuyo nombre han hecho sonar en los nuestros Javier y Sofia entre las profanas emociones de un baile de Carnaval; pero este nombre no se habia pronunciado nunca dentro de las paredes de aquel claustro. Un dia las sencillas religiosas habian visto llegar á los umbrales de aquel *paracleto* á una hermana suya, que no era novicia ya, pero de la cual ignoraban si profesaba su misma regla y si databan de larga fecha sus votos. Acompañábanla dos eclesiásticos de respeto, y una doncella vestida como religiosa, que habia quedado asistiéndola. No fué poca la sorpresa de aquellas vestales, en un tiempo en que se cerraban los claustros, y en que la revolucion convertia en asilos de mendicidad los retiros de la religion, ver presentarse de improviso á las puertas de su claustro una mujer todavía jóven, extraordinariamente hermosa, con todas las apariencias de una

educacion esmerada y de un nacimiento distinguido.

Pudieron en los primeros momentos creerla víctima de alguna violencia ó reo de una reclusion forzada y merecida; pero estas sospechas se desvanecieron al punto, cuando la superiora del convento, lejos de recibir encargo de particular vigilancia, se vió, al contrario, advertida de no contradecir en nada la voluntad de aquella su hermana, hasta el punto de permitirle la salida del claustro, por uno ó por muchos dias, siempre que ella lo anunciara ó dispusiera.

Mas de una vez, en efecto, habia puesto en práctica esta autorizacion, y hecho salidas y viajes, de que tal vez la abadesa, pero ninguna otra, conocia el verdadero destino. Solo sí, la larga ausencia que la habia alejado de aquel claustro, no mucho antes del tiempo en que á ella nos referimos, sabian que la habia consagrado, en obediencia de superiores preceptos, al establecimiento y organizacion de una casa de misericordia.

Cuando por primera vez llegó al monasterio aquella mujer, podia tener veinte y ocho años, y nada habia perdido de su juvenil hermosura. Solamente su color moreno se iba trocando en una palidez marmórea. Sus ojos eran muy grandes, y su habitual expresion levantarlos al cielo, como si leyera en sus bóvedas, como si esperara una vision de las altas esferas.

Bajo su toca negra asomaban, como violentamente comprimidas, sortijas de una cabellera reciamente rizada, que rodeaban todo su rostro. En su frente elevada un frenólogo hubiera leído la locura, el genio ó el fanatismo; pero aun el instinto mas vulgar y menos fisiónomíco no extrañaria, bajo aquella elevacion, algunos rasgos de extravagancia.

Su nariz era pronunciada y aguileña, su cara era larga, perfecta, regular y proporcional á lo espacioso de su frente; su boca seria y comprimida; pero los blandos hoyos de sus cantos templaban suavemente esta severidad; y las cejas finas que cubrian sus ojos, sin contraccion ni entreciejo, quitaban toda expresion de dureza á aquella fisionomía, donde con frecuencia podia revelarse la exaltacion, nunca la alíveza ni el imperio. Era su estatura mas alta que lo comun de las mujeres, y al llevar habitualmente los brazos cruzados de un hombro al otro, sin duda con intencion de humildad, la elevacion y anchura de su pecho daban á esta actitud, por el contrario, aire y ademan de majestad y arrogancia.

Al presentarse en el convento, todas las religiosas se habian sentido como dominadas por la dignidad de su aristocrática figura; pero la suavidad insinuante de sus palabras y la dulzura de sus maneras quitaron á poco, de este sentimiento, todo lo que pudiera engendrar envidia ó desvio en un asilo donde las costumbres y prácticas de la religion no siempre impiden que se desarrollen mezquinas pasiones.

La que habia llegado á aquellos muros con el nombre de Irene conservó siempre entre sus compañeras un respeto que rayaba en veneracion; pero su carácter le granjeó desde luego amor y ternura que le perdonaban su superioridad ó su gerarquía.

El esmero con que habia arreglado su celda, algunos enseres de comodidad, que allí parecían de lujo; un piano, un arpa, unos estantes de libros, un escritorio, un reló y unos jarrones con flores, podian darle las apariencias de querer conservar en el claustro las distinciones de la opulencia; pero cuando, en dias de privaciones y desamparo, muchas de aquellas pobres enclaustradas se vieron reducidas á vivir de la santa caridad de su nueva hermana, cuando la vieron ceñirse al frugal sustento de la mas menesterosa, y ayudarlas con su trabajo y con su enseñanza en las labores con que ganaban su vida, no hubo mas que bendiciones para la huésped angelical de aquellas soledades.

Cuando observaron que se entregaba á lecturas profanas, ó que los cantos que salian de su celda eran una música demasiado cultivada y melodiosa, sospecharon quizá que el mundo conservaba sobre su corazon mas ascendente de lo que convenia á una existencia consagrada; pero al contemplarla cumpliendo con escrupulosa exactitud los mas minuciosos preceptos de la regla santa, tornar con solícito empeño en los mas humildes servicios, y convertirse en piadosa y asidua sirviente de las ancianas achacosas y de las endebles enfermas, aquella sospecha hizo lugar á un sentimiento de tiernísima compasion, como si vieran en ella el espectáculo de una grandeza caída, de una reina destronada.

En sus primeras ausencias, ó al saber que seguia correspondencia con altos prelados y con personajes poderosos, pudieron entrever en aquella extraordinaria conducta una mision de intriga, á cuya suposicion se prestaban admirablemente las revueltas de los tiempos; pero cuando averiguaron que el teatro de sus excursiones al mundo habian sido los hospitales sangrientos de la guerra ó las ciudades infestadas por la epidemia; cuando la vieron volver desnuda la cabeza por la calentura tifóidea, ó amaratados sus ojos por el veneno del cólera, estuvieron por recibir de rodillas á la santa misteriosa.

Algunas desigualdades en el carácter, el silencio profundo en que dias enteros la veían sumergida, las frases inconexas que alguna vez salian de sus labios, sus largos paseos, nocturnos ó matutinos, á desusadas horas; las palabras altas y vehementes que á veces se oían en su aposento, como si sostuviera discusiones acaloradas con personas invisibles; la rapidez de su andar, y alguna vez el extravío de sus miradas, hubieran podido atraer sobre ella la presuncion de una perturbacion mental, ó de que asediaban su ánimo remordimientos aterradores; pero cuando supieron la austeridad de la vida á que se entregaba en lo interior de aquella misma celda casi elegante, cuando vieron que el colgado lecho

de su alcoba era un contraste mas con el jergon grosero en que á sus piés se tendia, cuando se les revelaron las maceraciones y penitencias que practicaba, y cuando en la demacracion rápida y progresiva de su semblante reconocieron las huellas de un mal que devastaba una naturaleza de suyo robusta y poderosa, al pensamiento de la locura reemplazó el de la enfermedad, y las súplicas fervientes de que atendiera á su salud preciosa y comprometida, sustituyeron á la sospecha de reminiscencias mundanas ó de cuidados poco piadosos.

En efecto, Irene, en el momento que de ella nos ocupamos, no podia parecer hermosa sino á los ojos de un artista, que recordara en sus grandes líneas y en sus majestuosas proporciones, el conjunto de aquel semblante animado por el fuego de la juventud, iluminado por el resplandor de la felicidad, en la atmósfera diáfana de mas serenos dias.

Habíamla esperado y recibido en Valle-de-Flores, al regreso de su última ausencia, con la tierna alegría de una familia á cuyo seno vuelve, tras largos viajes ó arriesgadas empresas, el hermano mas querido y mas considerado. Pero, desde el dia de su llegada, al júbilo y contento de recobrarla y poseerla, habia sucedido la profunda pena del temor ó de la certidumbre de perderla.

Descarnada, hundida, enjuta, su amoratada faz solo representaba una belleza de recuerdo, como la que revela el cadáver despues de la demacracion de una lenta calentura y de una muerte tardía. Quien la hubiera visto á media luz, apoyada sobre los nichos de piedra ó reclinada en los mohosos pilares de aquellos claustros, con los ojos cerrados y cruzadas las manos, hubiérala tenido por una escultura antigua, deteriorada por el tiempo y carcomida por el polvo. Pero al acercarse mas á aquella aparicion sombría, la luz insólita de sus grandes ojos, sobresaliendo, bellos, rasgados, ardientes, sobre toda aquella palidez y oscuridad, hubiera causado en el primer momento asombro de sorpresa y cierta impresion de terror, que no siempre podia suavizar el interés de lástima de aquella tan arruinada y decadente hermosura.

Y aquellos ojos, rodeados de un círculo negro, no tenian nunca lágrimas. Su brillo parecia reflejar, no tanto un sol interior que iluminara el alma, como una pira candente que la abrasara, y al aspecto de aquella mirada, que á veces podia parecer la del delirio, crecía que sus manos al tocar quemarian, como las de la estatua del convidado de piedra.

Y sin embargo, alguna jóven religiosa, en el acceso de la terciara, le pedia que se las pasara por la frente, porque siempre estaban frias, y al parecer absorbian la calentura. Y despues de todo, aquella mirada vidriosa era mas consoladora que el llanto compasivo. Y aquellos labios aspados y cárdenos, de los cuales habitualmente prendia el inferior con los dientes, tenian en sus cantos, ahora ya duramente hoyosos, una sonrisa dulcísima de resignado sufrimiento, que inspiraba al cuerpo dolorido paciencia, al alma atormentada confianza.

Y de aquella boca no se exhalaban nunca sollozos ni gemidos; solo que, como si quisiera reprimir la vibracion de una voz demasiado sonora, sus acentos eran con frecuencia guturales y roncros, y parecia que, mas bien que de sus labios, salian las palabras de sus ojos. Alguna vez, en los cantos del coro, soltaba el torrente á la voz de su vastísimo pecho, como si aquel esfuerzo añadiera fervor al entusiasmo de la oracion ó á la ternura de las santas esperanzas.

En las grandes solemnidades tomaba el asiento de la organista, y entonces se complacia en dar al instrumento religioso modulaciones nuevas, como si quisiera suplir con los recursos de su armonía el misterioso sentido de una lengua desconocida, como si confiara á los tubos de estaño y á las trompetas de bronce la libre, estrepitosa salida de sollozos por mucho tiempo comprimidos...

En la celda su voz era mas dulce; tenia miedo sin duda de abandonarse á impresiones profanas. Allí cantaba para su propio oído, y solo cuando reinaban oscuridad y silencio en torno de aquellos muros sombríos, alguna vez, entreabierta la alta reja, como si se necesitara el aire exterior para la respiracion del canto, á los piés del monasterio, ó desde las barcas del rio, ó en las sendas fronterizas de la empinada colina, podian oirse alternar con los lentos compases de un piano, ó con los vibrantes arpeggios de un arpa, la cadencia severa de unas melodías sencillas, de una romanza pausada, de una balada original y caprichosa.

Pero en los aposentos contiguos del convento aquella voz no podia penetrar sino en ráfagas perdidas, como los ayes de un lloro muy lejano. Las frases de aquellos cánticos solitarios nadie podia oirlas, mucho menos comprenderlas.

Tal vez se exhalaba en ellas el secreto de su corazón, tal vez la historia de su vida; pero nadie pudiera interpretar por aquellos piés de ave moribunda, si habia en su espíritu un misterio de religion ó de penitencia, de padecimiento ó de alivio, de agitacion ó de reposo, de blandas memorias ó de remordimientos roedores.

En los primeros tiempos de su residencia en aquel claustro habia sido Irene de fácil acceso, y habia hecho frecuentes salidas por aquellos mismos contornos.

Los enfermos recibian á menudo sus visitas, y habia parecido especialmente en la comarca como la protectora de las viudas con hijos ó de las ancianas sin familia. Pero en la hora que tocamos ahora, moraba mas retraída, mas encerrada.

Bajaba alguna vez á un locutorio á recibir peticiones; con menos frecuencia se la veia parecer en la portería, cubierta y velada, para distribuir limosnas; siempre mas

agraciadas y de mejor agüero si eran repartidas por sus manos.

Pero cuando veian salir por debajo del negro anas-cote aquellos dedos descarnados, el corazón de las pobres mujeres solia romper en exclamaciones de compasion, como si aquellas manos salieran ya de la tumba. Cuando la tornera les anunciaba que no podia recibir-las, ibanse desconsoladas, diciendo:

— La santa no baja, porque se muere.
Despues de su último regreso al monasterio, se habia retirado algunos dias en absoluta soledad de contemplacion ó descanso; y no bajaba ya, no habia hecho visitas, no habia salido para las aldeas.

Andaba con fatiga, aunque siempre erguida y majestuosa. Para gozar del espectáculo del amanecer, tan hermoso en aquellos campos, hacíase conducir trabajosamente, unas veces á los arenosos paseos del jardin, con mas frecuencia á los miradores de la torre, desde donde la vista abarcaba de un golpe la perspectiva de aquel vasto anfiteatro, y desde donde el pecho sediento de aire vital, podia dilatarse al soplido de la ráfaga vivificante de las altas cumbres, á la perfumada atmósfera de los vergeles del valle, ó á las brisas nitrosas y como empapadas de ámbar y almizcle que despide, excitado por los primeros rayos del sol, el aliento del Océano.

Allí estaba la pobre Irene una de estas mañanas. El resplandor del dia rebosaba ya por los encumbrados picos de las colinas del Oriente, y las tinieblas azules del valle dejaban descubierta la verdura de los campos, como se descorrren las cortinas de un lecho al despertar de su dueño.

El invierno habia retardado algun tiempo sus perezosos pasos al morar entre aquellos quebrados terrenos y en los arroyos de las praderas, en los torrentes de las colinas y en los hondos callejones de las aldeas quedaba reciente la huella húmeda de sus lluvias copiosas, de sus desoladoras avenidas.

Pero sus frios y sus tempestades habian desaparecido ya: Irene podia saludar desde el mirador un sol amoroso y vivificante. El astro de la mañana, al arrebatarse en pos de sí las emanaciones de la naturaleza ya fecunda, hacia circular en la atmósfera olas de un aite impregnado de fuego, de savia, de vida.

Todavía las copas de los árboles no apuntaban mas que los primeros brotes de sus hojas, blancas, azules ó rosadas; pero las praderas levantaban ya con lozanía haces de yerba embalsamada, y los céfiros anidados en las silvestres flores de los setos frondosos, salian de su seno, abriendo á millares capullos de rosas, coronas de margaritas blancas y carmesíes, penachos de madre-selva fragante, de aterciopelada púrpura digital.

Mas que á los ojos, hablaba la naturaleza al alma: por la aspiracion de vida y de fragancia que precede al

rico esmalte y suntuosa vegetacion de los meses mas adelantados, y llegaban los mil perfumes de la estacion restauradora, extendidos por las encañadas de los montes, como se dilata el aroma del incienso por las naves de un gran templo al empezarse la religiosa pompa...

Irene pasaba horas muy largas, sentada delante de aquel sol, respirando aquel aire, empapando sus grandes ojos en los torrentes de aquella luz abrillan-tada...

Vosotros... la mayor parte de los que leéis estas páginas, ni comprendereis por qué pasa así las horas, ni os interesais mucho en la noticia de este tiempo perdido. ¡Teneis razon!... Vosotros quereis historia, necesitais movimiento, deseais aventuras; buscáis sucesos, peripecias, catástrofes... lo habiamos olvidado... Y ¿qué os importa el espectáculo de una mañana de abril desde los miradores de un campanario?...

Os han descrito tantas veces los albores de una aurora, la espléndida salida del sol en su oriente, que estais por creer que no tiene encantos sino para el pincel del artista, para la fantasía del poeta... Para vuestros ojos, no; para vuestra imaginacion, todavia menos...

Vosotros me exigís otras pinturas, otras escenas... teneis derecho á otras emociones... Ya lo sé... esperad... Dejadme aun un momento contemplar ese dia de color de rosa, que hace visos de nacar sobre las megillas cadavéricas de una hermosura solitaria...

Si os dejara entrever, si os empezara á contar que en aquel momento, enfrente de ella, sobre las veredas del monte, ó á sus piés en el crucero del atrio ó en las junqueras del rio, la contemplaba misteriosamente un hombre encapotado en los pliegues de una capa oscura, ó disfrazando al apasionado interés de su mirada con una lectura entretenida, tal vez condescenderíais á prestarme atencion...

¡Ah! Pues dejad que sin encanto de misterio ni interés de pasion me detenga aun en la contemplacion extática y solitaria de aquella criatura hermosa y moribunda, á quien ya no miran con amor, sino el sol desde su oriente, y los ojos de Dios desde los cielos.

¡Una mañana de primavera!... ¿Sabeis lo que es ese espectáculo? ¡Ay! Si os dijeran, al presenciarle un dia, que aquel seria el último, que vuestros ojos no volverían á contemplar jamás ni aquel sol ni aquel cielo...

¡Ah! conoceríais entonces qué tesoros de belleza se guardan en esa monótona historia, en esa insípida novela, que se llama *un hermoso dia*. La juventud en nada tiene esa hermosura; los corazones de veinte y cinco años, las existencias vigorosas y ardientes, no se impresionan de esa poesía.

La juventud, como los soles del firmamento, luce con su propia luz, siente por su propia fuerza, anima el mundo y la naturaleza con la vida que hierve y se elabora dentro de su propio seno. En la primavera de nuestra edad el cielo rie siempre delante del alma. Nada le importan al jóven las inclemencias de la estacion ó las nieblas de la atmósfera; que silbe el cierzo en los troncos desnudos; que densas capas de nieve cubran la tierra devastada con un sudario de muerte; lleva él en su espíritu raudales de amor, de alegría, de entusiasmo, de esperanza, como llevan los serafines la bienaventuranza en su auréola, como lleva Satanás el fuego del infierno en sus entrañas...

Pero al declinar de la tarde del breve dia de nuestro ser, en esa primera y sombría pendiente de los caminos de nuestro regreso, al tomar por el sendero que conduce al término de la carrera humana, al sentir ese primer amago de pasmo, de impotencia, en que el corazón tiene aun todo su poder de conmoverse, pero en que ya le falta la fuerza de inspirar; en esos momentos de caimientos y postracion, en que el terreno barro recibe la primera idea de su natural flaqueza y de su próxima ruina; en esa edad crítica y atormentada, en que se mide el equinoccio de nuestra razon y de nuestro sentimiento; en ese crepúsculo de un dia de verano, tan próximo á una aurora de otoño, que no puede llamarse todavia la senectud de la vida, pero que es ya la vejed de la juventud... ¡Oh!... Entonces la vuelta de la primavera, el sol resplandeciente ó entoldado, y el aire tibio de una mañana de abril, son el renacimiento de la vida, y hacen la ilusion de que reflorece la juventud del alma, como se renuevan los capullos de los rosales.

Juventud y vida que vienen ya de la atmósfera que nos rodea, que aspiramos fuera de nosotros mismos con aquel placer con que sentimos el calor de la lumbre en las noches rigurosas del invierno; juventud y vida y animacion y entusiasmo ilusorios, llamaradas de un fuego que se apaga, estremecimiento misterioso del alma, que ha concebido la muerte.

Por eso los ojos de Irene se fijan dos horas seguidas en las nubes arreboladas de la banda del poniente y en los celajes del horizonte oriental; en las crestas de las montañas, que resplandecen como flámeros encendidos y en las pardas gargantas que sombrean mas los negros pinares; en los visos del mar, que recama con golpes de blanca espuma la reventazon de las corrientes equinocciales, y en las arenas refulgentes, que hacen un marco de oro á la inmensa luna de aquel líquido espejo, en que se mira la cara de Dios, al levantarse sobre el mundo.

(Se continuará).

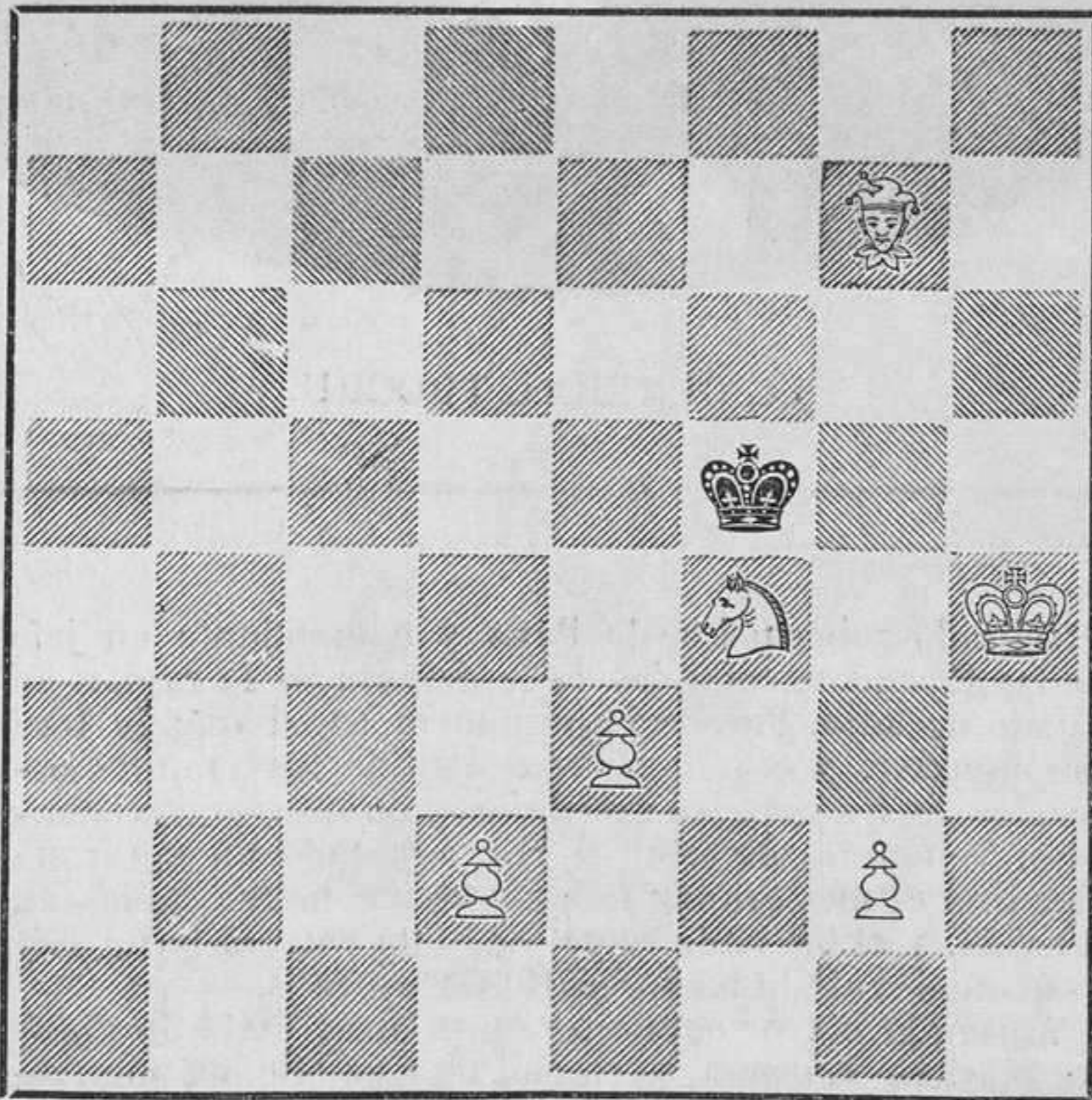
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 319

- 1 Ra 4ª A jaque R toma G ó T
- 2 A 8ª Ra ó 1ª A jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 320, POR M. FAYSSE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.



EL GENERAL TROCHU.

El general Trochu.

El general Trochu, nombrado gobernador y comandante en jefe de las fuerzas de París, cuyo retrato publicamos, nació en 1815. En 1835 era alumno de la Escuela de Saint-Cyr, y en 1839 pasaba á la escuela de Estado mayor. Teniente en 1840 y capitán en 1843, fué agregado en Argelia al mariscal Bugeaud, á quien llama su venerado maestro, y á quien ha dedicado su obra, titulada el *Ejército francés* en 1868. Cuando la guerra de Crimea, fué edecan del mariscal Saint-Arnaud, y se distinguió en el mando de una division durante la campaña de Italia. Es gran oficial de la Legion de Honor desde 1861.

Su actual nombramiento de gobernador y de comandante en jefe de las fuerzas de París, y la proclama que ha dirigido á la poblacion, han sido acogidos con favor marcado. Su proclama es patriótica, y respira con la modestia la rectitud y la firmeza.

Hé aquí su contenido :

« Habitantes de París :
En los momentos de riesgo que corre el pais, he sido

nombrado gobernador de París y comandante en jefe de las fuerzas encargadas de la defensa de la capital en estado de sitio. París comprende el papel que le toca desempeñar, y quiere ser el centro de los grandes esfuerzos, de los grandes sacrificios y de los grandes ejemplos. Vengo á asociarme á ella con todo mi corazón; este será el mas grande honor que me habrá cabido en mi vida, y el brillante remate de una carrera hasta hoy desconocida de la mayor parte de vosotros.

Abrigo la mayor confianza en el buen éxito de nuestra gloriosa empresa, pero con una condicion, imprescindible, absoluta, sin la cual serian inútiles nuestros comunes esfuerzos. Me refiero al buen orden, entendiendo por él no tan solo la tranquilidad de la calle, si que tambien el sosiego del hogar doméstico, la calma de los ánimos, la deferencia á las órdenes de la autoridad responsable, la resignacion ante las pruebas inherentes al estado actual de cosas, y por último, la grave y reflexiva serenidad de una gran nacion militar que toma sobre sí en momentos solemnes y con firme resolucion el cargo de dirigir su destino.

Para asegurar á esta situacion la apetecida tranquilidad no apelaré á las facultades que me otorgan el esta-

do de sitio y la ley, sino á vuestro patriotismo, y no dudó obtener vuestra confianza mostrando á la vez á París una confianza sin límites. Apelo á todos los hombres de todos los partidos, pues que yo no pertenezco en el ejército, como nadie ignora, mas que á un partido, al partido de mi pais. Apelo á su adhesion y les pido que contengan por medio de la autoridad moral á los hombres exaltados que no basten á contenerse á sí mismos, y que hagan justicia por sus propias manos de esos hombres que no pertenecen á ningun partido y que no ven en los infortunios públicos otra cosa que la ocasion de satisfacer sus detestables pasiones.

Y para llevar á cima mi tarea, despues de la cual volveré á la oscuridad de donde salgo, adopto una de las antiguas divisas de la provincia de Bretaña de donde soy hijo : « ¡ Con el auxilio de Dios, por la patria ! »

General TROCHU. »

París 18 de agosto de 1870.

Todo el mundo ha respondido á su llamamiento, y todos se han apresurado á aceptar su mando con una confianza absoluta.

C. P. D.